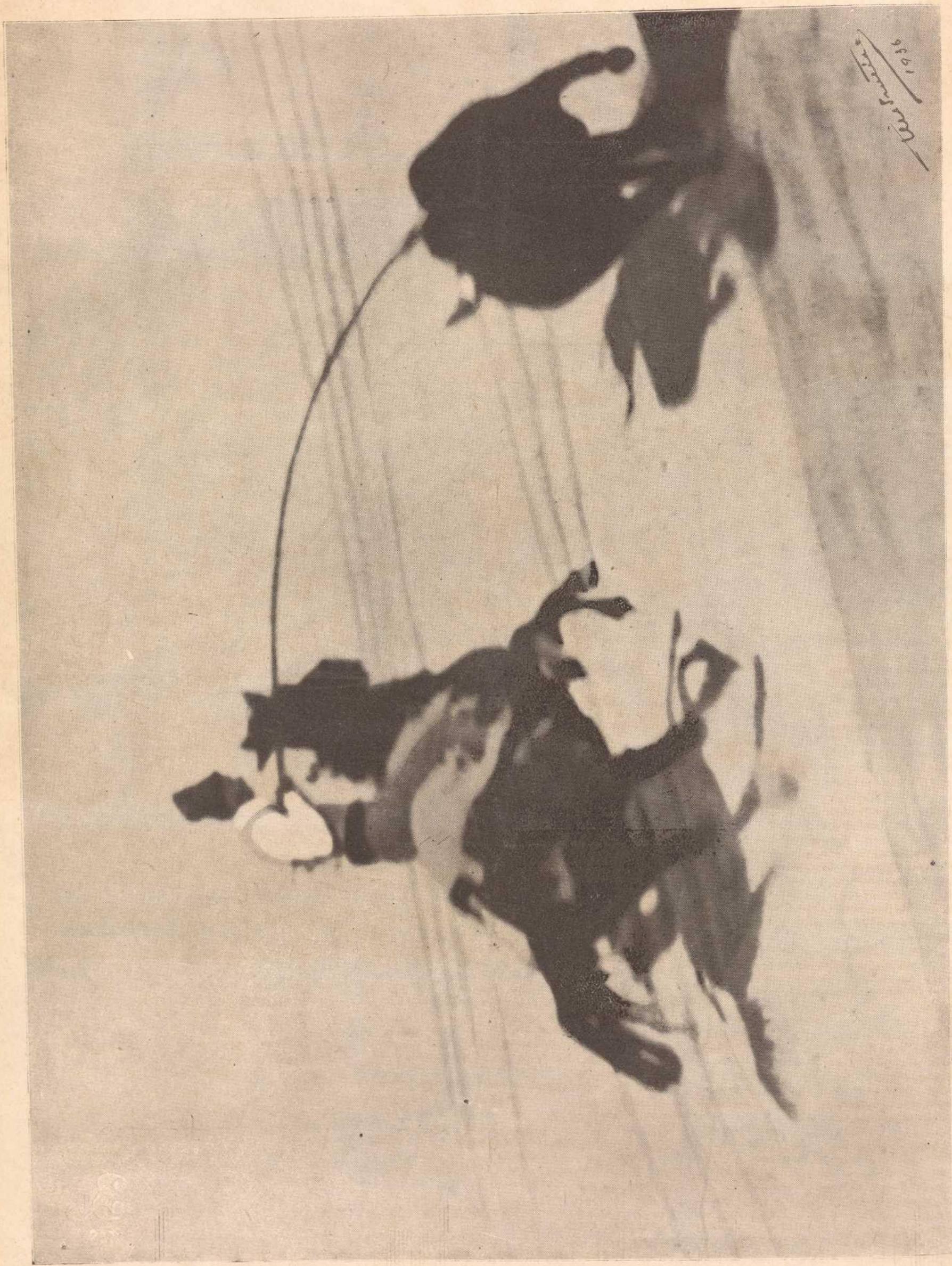


El Puerto



3
PTAS.

JAAVEDRA



1911
Abel Pratas

EN EL CAMPO DE PORTUGAL

(Fotografía obtenida por el Dr. D. Abel Pratas, jefe de los Servicios veterinarios y zootécnicos de la colonia portuguesa de Angola, al sur de la costa occidental africana)



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. — Teléfs. 265091-265092

Administración: Hermosilla, 73. — Teléfs. 25 61 64-65

Director: MANUEL CASANOVA

Año VI - Madrid, 29 de diciembre de 1949 - N.º 288

Cuando los carteles se hacen pensando únicamente en dar satisfacción a los aficionados, los graderíos se ven así (Foto Gallo)



Si la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid se decidiera... Si la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid se decidiera, es posible que ya a estas fechas comenzáramos a ver con bastante claridad el panorama de la próxima temporada taurina.

Hasta ahora, a esa pregunta, que es explicable que se haga a cada momento el aficionado y con más inquietud al contemplar el balance de la de 1949, se viene contestando desde puntos de vista muy particulares. Claro está que nadie tira piedras a su tejado; pero la realidad es que el problema no se enjuicia en su conjunto: en el derecho que asiste a la afición a velar por el porvenir de la Fiesta. Dentro de pocos días, muchos toreros marcharán al campo para iniciar sus entrenamientos. En la vida de la mayoría de los lidiadores se hace efectiva la frase de "año nuevo...". Han dedicado estos meses a las expansiones que no se permiten en los meses de la primavera y el verano; pero la fecha del primero de enero les impone nuevas normas. Empieza ya la preparación y hasta diríamos que la preocupación.

Por su parte, apoderados, organizaciones y Empresas comienzan a tantear el ambiente y a perfilar sus campañas, en que tanto aventuran. Y es en este momento cuando sería interesante conocer no los planes inmediatos sobre unos carteles y unos contratos determinados, de los que sería prematuro hablar, pero sí de saber la idea general que va a presidir la actuación de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, ya que le alcanza una gran responsabilidad. Ibamos a decir que abrumadora, porque tiene en sus manos y en su decisión lo que la próxima temporada sea.

No habrá que recalcar la autoridad que la Plaza de Madrid tiene como contraste fiel de los valores taurinos. No se registra en la historia del toreo caso alguno de auténtica figura que lo fuera sin haber revalidado sus prestigios en la capital de España, y por otra parte, hay demasiados en que el hecho de no presentarse ante el público de la primera Plaza del mundo determinara un eclipse de individualidades prometedoras.

Bien conocido de los aficionados es aquel llamado pleito de los Miura, en que el tesón

CADA SEMANA

La temporada próxima y la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid

de un empresario venció frente a la influencia de las dos primeras figuras de aquella época, y es frecuente escuchar a toreros buenos lamentarse del perjuicio que se les ocasionó en su carrera al ver transcurrir un año sin vestirse de luces para hacer el paseo en los cosos madrileños.

Por si algo faltaba, la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid cuenta con la fuerza enorme de la asistencia que le presta el público. Aun en año como este que va a terminar, en que tantas Empresas fracasaron, la de Madrid salió a flote, y si fuéramos a juzgar por lo que aquí presenciáramos no hubiera salido a flote la palabra decadencia.

Sólo falta que los señores que rigen la Plaza de las Ventas se sientan antes que nada aficionados. Esto no quiere decir, naturalmente, que vayan a desatender la defensa de unos intereses legítimos; al contrario: procediendo en verdaderos aficionados es como contribuirán a asegurarla. Y el proceder como aficionados

lo entendemos nosotros en el sentido de enjuiciar todo el tingladio taurino desde lo alto, en someter exigencias desorbitadas y en traer a la Plaza de las Ventas a los que deban venir, evitando imposiciones y marcando un aire de imparcialidad, apartada la Empresa como está, y como puede, de organizaciones y de "trusts".

Acaso la de la Plaza de Toros de Madrid sea la única Empresa de España libre de compromisos y de banderías, y la única también que tiene fuerza para someterlos. Todo depende de que se decida a ejercer su función rectora con plena justicia, que equivaldrá a la máxima autoridad.

De cualquier suerte, estamos convencidos de que en la próxima temporada sólo imperará el interés de la afición. Claro está que cuando escribimos estas líneas, llenas de esperanza y optimismo, miramos al calendario y estamos a 28 de diciembre...

EMECE


AYER y HOY

“ILUSIONES”

Por ANTONIO CASERO

— Si llegara a torear algo
esta temporá... ¡¡Qué deseos
tengo de dar un quiebro a
cuerpo limpio!!...

— ¡Pues como no te des un
baño!

ANTONIO CASERO 





Pepín, en sus ratos libres, juega a la pelota en el frontón

¿Está usted satisfecho de la temporada?

Pepín Martín Vázquez: bien y mal.—El éxito de Mérida.—El bautizo de sangre de la Plaza de Peñaranda.—Mucha ilusión para 1950

UNO se figura —falsamente— que los toreros se hallan, por este tiempo, entregados al disfrute del más terrible ocio, como pensaba de los militares en horas de paz el pobre palurdo del cuento. La persecución a que me ha obligado Pepín Martín Vázquez, durante estos días de los primeros arrechuchos del frío —que en Sevilla, ciudad templada, saben peor que en ningún otro lugar—, demuestran lo contrario. Porque es lo cierto que no me fué fácil ver a Pepín. Y no me fué fácil porque Pepín tiene mucho que hacer.

—En principio —él mismo nos lo confiesa y aclara— parece que uno no tenga nada que hacer. Pero lo cierto es que yo me paso el día corriendo, imprevistamente, y sin que nunca pueda cumplir un programa previamente trazado.

Tres o cuatro son los poderosos quehaceres que sustraen a un torero de su sueño de libertad: el deporte, los amigos —los amigos, en un torero, obligan de manera inevitable y absorbente—, la cacería, el amor —en algunos casos— y... digámoslo, al fin, el "rentoy", juego de envite y azar, que no está mal del todo para mantener bien los nervios. El "ren-

Pepín habla para EL RUEDO con nuestro corresponsal

toy", tal vez, sea para los nervios del torero tan necesario como el frontón para los músculos. Precisamente por aquí debíamos haber empezado, porque es lo cierto que nos hallamos al aire libre de una mañana fría, con un sol indeciso y tímido —más londinense que sevillano—, el cuello del gabán alzado, nostálgico de bufanda, en el campo del Sevilla Fútbol Club, contemplando cómo Pepín Martín Vázquez juega al frontón. Por cierto que es un buen jugador, con el que sólo es capaz de medirse —según nos asegura— Manolo Vázquez, que con Manolo Carmona comparte la tarea jubilosa y difícil de disputar a Pepín la menuda pelota.

—Por lo que veo —digo—, el frontón es un deporte de los toreros...

—Lo es porque, precisamente, favorece las facultades más necesarias al torero. Fortalece las piernas, ejercita el arte de esquivar, afina el movimiento de la muñeca... Por otro lado, el deporte que menos deforma.

En ese momento la pelota pasa como un rayo sobre la "leica" de Luis Arenas, que teme por su objetivo. Va a ser necesario dejar el frontón. Y tiro disimuladamente de Pepín para la caseta. Mientras marcha a mi lado, embutido en la línea lacia del "over-all" azul, le dirijo mi pregunta:

—¿Cómo le fué la temporada?

Después de vacilar, Pepín nos dice, franco y cordial:

—Bien y mal, al mis-

Pepín, Manolo Vázquez, Manolo Carmona y unos aficionados sevillanos con nuestro corresponsal



mo tiempo. Mal, porque tuve que cortarla a finales de agosto, a consecuencia de una cogida muy grave en Peñaranda de Bracamonte Bien, en cuanto que hasta entonces todo había salido, en general, a mi gusto. Había toreado veinticuatro corridas.

—¿Cuál fué su mejor corrida?

—La anterior a la de la cogida —se apresuró a responder—. Fué en Mérida —agrega—, con toros de Santa Coloma, alternando con "Rovira" y Dos Santos. Qué contento de mi faena en el segundo de mi lote. Y por lo visto, el público, que me consiguió las dos orejas y el rabo, también lo creyó así. No siempre ocurre. ¿Cuántas veces queda uno insatisfecho de lo que el público aplaude? ¿Y cuántas el público pide más de lo que uno puede realmente hacer?

—¿Cuál fué tu peor tarde?

—Pues la última, la de Peñaranda, que inaugurábamos la Plaza, alternando con Martorell y Paquito Muñoz. Yo la bauticé con sangre. Y digo la peor tarde por la cornada y su consecuencia de haberme truncado la temporada. Sin embargo, si ésta fué la tarde más aciaga, la que me apenó más fué la de Sevilla, en la Feria, la única vez que actué, en la corrida organizada por el señor capitán general. Ante la afición de Sevilla, mi tierra, yo

procuro siempre darle todo; pero aquella tarde la suerte me volvió la espalda.

—¿Cuál ha sido su mejor temporada?

—Sin duda, la de 1947, aunque también una cornada me salió al paso en Valdepeñas. Toqué 34 corridas y llegué a firmar hasta ochenta y tantas.

En este momento el Nervión se inunda con la chiquillería de un colegio de religiosos. Bajo la amable dirección de un sacerdote los niños corren y saltan, haciendo la ronda al cuero del balón. Vázquez y Carmona dejan de profiar sobre la mancha negruzca del cemento. Y desde el ambigú, como desde una torre de inando, Fernando, hospitalario y simpático, nos grita:

—¡El arroz! ¿Que no espera!

Luce sobre el mantel la mancha roja del jamón, y el oro del vino brilla mucho más que el sol en la cañera. Decididamente hay que terminar.

—¿Dónde cobró usted más por corrida?

—En Madrid, como todos.

—¿Qué opina usted del pleito mejicano?

—Que debe de arreglarse. Una competencia hecha animaría a los públicos —Pepín mira a los chicos, que en este momento discuten la legalidad de un penalty, y por asociación de ideas, feliz, agrega—. Además, que es absurdo que puedan venir de Méjico jugadores de fútbol y que no puedan venir toreros.

—¿Quiere decirme algo más?

—Pues simplemente que tengo muchas ganas de torear. Sueño con salir al campo, cosa que haré pronto, aquí en Sevilla. Después iré a Salamanca. Todo para estar a punto, en cuerpo y espíritu, para la temporada, en la que tengo mucha ilusión.

—Y ahora, Pepín, una pregunta indiscreta y fuera de programa: ¿Tienes novia?

—No. No la tendré hasta que deje los toros.

—O dejarás los toros cuando te enamores, ¿no?

Pepín vacila, y los demás deciden que esto debe resolverse en la sobremesa. Con mucho gusto.

DON CELES



**El pasado día 18, en Méjico.
Corrida de toros en Puebla y
festival benéfico en la capital**

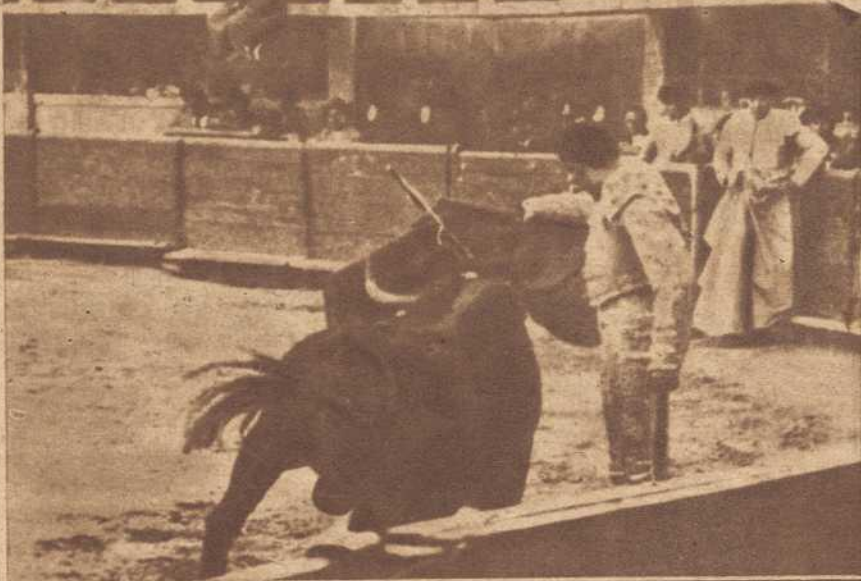


Silverio Pérez en un muletazo muy apretado a su segundo, que no fué un prodigio de bravura

Antonio Velázquez, una de las grandes figuras mejicanas, en un lance de costado por detrás

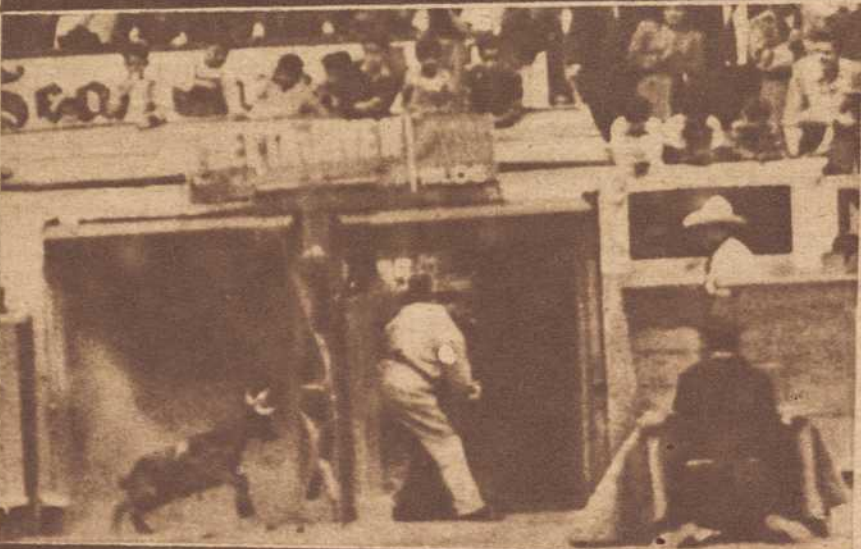
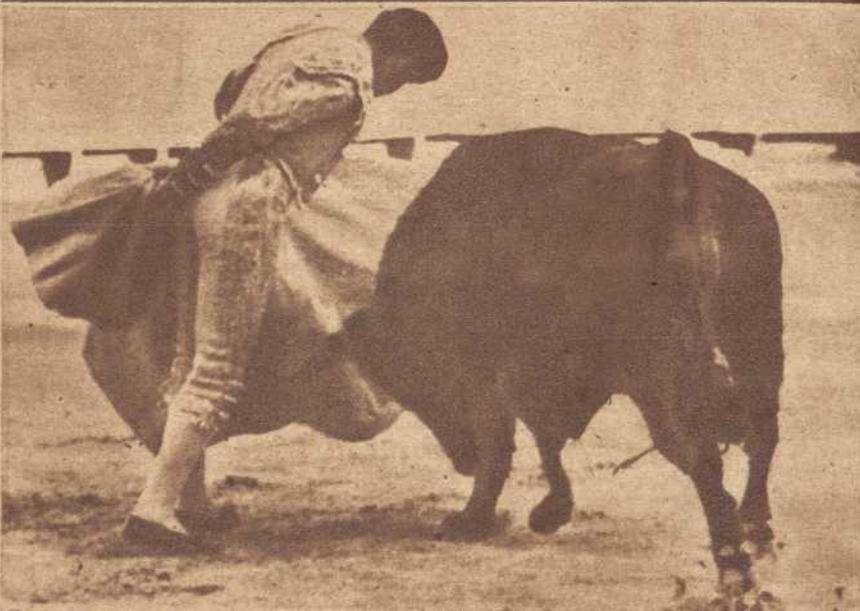


Con toros de Piedras Negras alternaron en Puebla Silverio, y Velázquez. Silverio en el primerc



Velázquez en un muletazo por alto al toro corrido en cuarto lugar, en el que estuvo bien

El actor español Armando Calvo toreó muy bien, aunque en ocasiones le «echó mucho teatro»



Hubo sorpresas en el festival. «Cantinflas» esperaba un toro por un chiquero y salió un chivo por otro

El novillero mejicano Arcadio Rodríguez también actuó en el festival benéfico (Fotos Cifra, exclusivas para EL RUEDO)



¿Por qué se caen los TOROS?

Importantes manifestaciones de don Antonio Montero, Jefe nacional del Sindicato Vertical de Ganadería

Un premio de sesenta mil pesetas al mejor trabajo técnico que estudie y resuelva la cuestión



Don Antonio Montero, Jefe nacional del Sindicato Vertical de Ganadería



¿Por qué se caen los toros? Pregunta es ésta que vienen haciéndose desde hace mucho tiempo la crítica taurina, los toreros, los aficionados y, especialmente, los ganaderos.

Dejando al margen aislados procedimientos que pudieran mermar la fortaleza de las reses de lidia —sin relación alguna con el caso que nos ocupa, y de los cuales no creemos responsables a sus dueños—, es frecuente, sin embargo, la caída en las Plazas de bastantes toros bien criados y atendidos, sin que hasta el día haya podido determinarse de forma categórica la causa de tal hecho.

El malestar y el perjuicio que tal anomalía origina, tanto al público y Empresas, como a la clase ganadera, son palmarias. ¿A qué motivos puede obedecer, por ejemplo, que toros de idénticas ganadería y camada, pastando en las mismas dehesas, prados o cerados, y cuya alimentación es exactamente igual, unos se caigan y otros no?

Las observaciones más concretas sobre el particular, sin llegar a darse por seguras, han venido achacando la blandura de las reses a trastornos del sistema nervioso, a la degeneración de la raza y a la "piroplasmosis", enfermedad esta última producida por una especie de parásitos (garrapatas) que se implantan en los glóbulos rojos, destruyéndolos y determinando anemia consecutiva.

Dispuesto, pues, el subgrupo de criadores de toros de lidia a remediar en lo posible este mal, que atacando al toro lo hace de rechazo a la Fiesta,

acordó por unanimidad en su última y reciente Junta general, bajo la presidencia de don Antonio Montero, competente Jefe nacional del Sindicato Vertical de la Ganadería, la concesión de un elevado premio en metálico al más acertado trabajo que estudie, determine y resuelva técnicamente el trastorno, el accidente o la enfermedad de que toros aparentemente sanos y fuertes, si que también debidamente cuidados, se caigan con relativa frecuencia durante el transcurso de su lidia.

Nadie, por tanto, con mayor autoridad que el repetido Jefe nacional del Sindicato de Ganadería para informarnos del asunto en cuestión. Y, abusando de su amabilidad, nos hemos permitido dirigirle unas preguntas acerca de tan interesante concurso, a las que don Antonio Montero —expresándonos que son las primeras noticias que se publican sobre dicho tema— tuvo la gentileza de contestar en estos términos:

—¿...?
—Efectivamente. El subgrupo de criadores de toros de lidia, no tanto por salir al paso de infundadas suposiciones como de aclarar y descubrir, si es factible, los agentes patógenos motivadores de que se caigan muchos toros en el ruedo, velando así por la defensa y conservación de una de las ramas ganaderas, quizá la más seleccionada y de mayor tradición e interés en España y fuera de ella, ha determinado abrir un concurso para premiar el mejor trabajo técnico sobre los móviles que determinan la caída de los toros, y de los más eficaces remedios para impedirlo.

—¿...?
—No, no es cosa nueva el que los toros se caigan. En todos los tiempos sucedió, aunque no tan

corrientemente como ahora. Yo recuerdo cierta época en que determinadas ganaderías, de gran cartel por entonces, se caracterizaban por la blandura de sus reses, achacándose el defecto, entre otras cosas, a reblandecimiento de pezuñas, a la pobreza de los pastos, por carencia de cal en las tierras, al suelo pantanoso o marismoso donde se desenvolvían, etc.

—¿...?
—Deseche tal suposición. El empleo de esos procedimientos contundentes de que se habla está, generalmente, fuera de lógica. La comprobación de uno solo de estos casos sería motivo de grave correctivo por parte del Sindicato, y estimo que las autoridades competentes también lo sancionarían.

—¿...?
—Se ha creído oportuno, para estimular a cuantos deseen acudir al llamamiento con su valiosa aportación, que debería consignarse un buen premio en metálico. Y, a tal efecto, se ha señalado el de SESENTA MIL pesetas. ¿No le parece que está bien?

—¿...?
—Sí. Es de suponer el éxito del concurso, al que, no cabe duda, habrán de concurrir notables trabajos, sugerencias y experimentos de elevado valor técnico. ¿Y quién sabe si de esta labor saldrá el remedio que buscamos?

—¿...?
—Desde luego, para acudir será necesario sujetarse a las bases que próximamente se dictarán y que habrán de divulgarse por diferentes conductos para su mayor difusión.

—¿...?
—Posiblemente. Nada hay en concreto sobre ello. Pero pudiera ser que la índole de algunos trabajos mereciesen igualmente recompensa, y hasta se editasen por el Sindicato. Mas de esto es prematuro hablar.

—¿...?
—De momento no puedo adelantar otra cosa. Falta todavía nombrar la ponencia que se encargue de redactar las bases y demás detalles. En principio, ya es bastante lo que le digo para que, por medio de la revista EL RUEDO, se comunique oficialmente el acuerdo del premio, así como el vehemente deseo del subgrupo de poder esclarecer un punto nebuloso que tanto desazona y perjudica a la afición y a los ganaderos.

Agradeciendo a don Antonio Montero la atención de reservar las primicias de este asunto, que tantos comentarios despertará, para el semanario EL RUEDO, abandonamos su despacho dándole vueltas a la cabeza al tema del concurso: "¿Por qué se caen los toros?"

“LOS DOS SOLOS”

Un libro interesante sobre dos figuras singulares:
BELMONTE y “MANOLETE”



ES tan expresivo el título, que pocos serán los que ante él puedan dudar. Don Luis Bollain, aficionado con veteranía, de los que, a fuerza de ver toros —y pensar en los toros—, convierte la afición en disciplina, ha escrito un libro. Y lo titula así: “Los dos solos”.

El señor Bollain, hermano de otro gran aficionado y tratadista taurino, alguna de cuyas obras he comentado en estas mismas páginas, declara su apasionado belmontismo. Y consagra dos terceras partes de su obra al recuerdo y enjuiciamiento de la presencia revolucionaria de Juan Belmonte en la Fiesta nacional. No es una biografía, aunque esmalte su alegato numerosas anécdotas y episodios que serían un inapreciable material biográfico.

Es más bien una demostración. En algunos pasajes, casi científica, reducida a números y a líneas geométricas. La tesis fundamental es esta: hasta Belmonte no se paró, ni se mandó ni se templó. Por lo menos, ninguno de los tres factores —esenciales para el dominio sobre los toros y el desarrollo perfecto de las faenas— había llegado a un concepto y un ejercicio tan completos y rigurosos como con el trianero. El autor siente la preocupación de que sus afirmaciones se estimen como el resultado de una devoción incondicional, de una estimación subjetiva. Y va acumulando, con magnífico razonamiento, las circunstancias y fundamentos en que apoya su punto de vista. Las ilustraciones, la parte gráfica del libro, no son, como en muchos textos de esta índole, un complemento de amenidad. Su servicio ante los ojos del lector es otro. Como el profesor que interrumpe su disertación para acudir a la pizarra, el exégeta en este caso apoya sus explicaciones con la reproducción de múltiples momentos de la actuación de Belmonte. Varias son las conclusiones a que el señor Bollain llega. Todas ellas pueden resumirse en una: el toro de Belmonte no ha sido superado ni podrá serlo. Porque cabe que un ejecutor futuro mejore la estilística, pero el que fué innovador, la trajo. ¡Y ahí está!

Por el camino que abre esa concluyente afirmación, el autor llega a la segunda tesis importante de su libro: después de Belmonte, “Manolete”. En modo alguno incompatibles. El cordobés sigue las normas del sevillano. Los dos son geniales. Pero Belmonte fué el que señaló la senda. A “Manolete” hay que reconocerle matices personales que afianzan, que perfeccionan. Una de sus privativas condiciones, la asombrosa serenidad. Pero en la misma línea que Belmonte trazara. En su sólida y sugestiva argumentación, el señor Bollain rechaza la suposición de algunos: “No se puede haber sido belmontista y ser después manoleteísta.” Para él hay una absoluta consecuencia. Es estar en la misma posición estimativa. Y como en las páginas dedicadas al que la afición llamó “Terremoto” procura en todo momento que sus juicios tengan el apoyo de las demostraciones técnicas irrefutables, casi matemáticas, así en las consagradas al que recibió el calificativo de “monstruo” sus afirmaciones aparecen subrayadas por igual sistema demostrativo. Belmonte tuvo, naturalmente, sus imitadores. “Manolete”, también. Pero ellos fueron singulares. Y dentro de la gigantesca culminación que cada uno de estos genios del toreo representó, Belmonte tiene una dimensión mayor, de cumbre insuperable, por haber sido el que impulsó unas formas de las que ha vivido el arte de los toros muchos años, y que, con Manuel Rodríguez, halló un hito singular, extraordinario.

El mérito esencial de este libro está en la fuerza dialéctica. Y en la agilidad descriptiva. Con esos dos elementos, alguna anécdota, episodios interesantes, láminas que evocan otros tiempos y complementan los enjuiciamientos, la obra viene a ser, sin duda, una aportación de considerable valor para los que, en relación con nuestra Fiesta, buscan algo más que el espectáculo que apasiona y divierte: la evolución de una técnica a través de los tiempos y de los diestros.

FRANCISCO CASARES

Sigue la discusión acerca del TORO

EL autor de la frase “el toro ha perdido personalidad” entra en el cáted. Su presencia es acogida con gran algazara por toda la tertulia.

—¡Vamos, hombre, ven acá: ya era hora; qué caro te vendes! ¿Has acumulado argumentos para seguir sosteniendo la falta de personalidad de los toros? ¿Aquí estamos esperándolos.

Pero, ¿no deciais que esta es una conversación trasnochada, aburrida, inútil?

—¡Tanto como eso! ¿De algo hay que hablar!

—Pues hablemos. Me interesa, antes de nada, aclarar que todo lo que dije el otro día, y pueda decir de aquí en adelante, no va contra los toreros, sino, precisamente, a favor suyo. La Fiesta está en un bache. El interés de todos consiste en salvarlo. Para mí no hay duda. La salvación tiene que provenir del toro. El toro necesita recobrar su personalidad.

—Y la aparición de un torero genial ¿no cuenta?

—En absoluto. Al contrario, sería perjudicial. Primero, el toro. Después, el torero. Acordaos de lo que afirmo. Si subsiste el toro actual, el torero genial se malogrará. Si surgiera el torero genial, no le deis vueltas, impediría la vuelta a la normalidad. Nos hacen mucha, muchísima falta, unos añitos de buenos toreros; pero exentos de genialidad, sin esa fuerza que subyuga a los públicos y doblega a la Empresas y avasalla a los ganaderos, y atolondra a la crítica. Nada de genialidades con toretes de “pase misi, pase misa, por la Puerta de Alcalá”. Con un torero genial, o supuestamente genial, el bache aumentaría desproporcionadamente y se convertiría casi en un barranco. Apliquémonos a pedir el toro, a exigirlo, y cuando aparezca en los ruedos, seamos benévolos con los toreros, hasta que se hagan a él, hasta que aprendan a lidiarlo. Porque esto es indudable, salvadas las escasísimas excepciones que todos conocemos, los toreros actuales no saben lidiar toros, y no saben no porque carezcan de aptitudes, facultades, inteligencia y valor, sino porque no pueden desarrollarlas, porque los toros ya salen del chiquero lidiados y dominados, y la única misión del torero es torearlos con arreglo a un único estilo, que es el que, por otra parte, encandila al público que no aprecia ni aplaude la faena eficaz con el toro difícil. De manera que libreme Dios de criticar a los toreros que siguen el camino llano. Yo a quien critico, y de forma muy dura, es al público. A la enorme, a la pernicioso desorientación del público. Todas las tardes la presenciemos. Sale el toro, el torete. Silencio en los tendidos. Se abre de capa el matador. Vulgaridad absoluta en sus lances. Palmotea el gentío. Y, apenas acallado, monumental y horrisona bronca resuena en las gradas. Es que han aparecido los picadores. “¡Fuera, fuera!”, chillan los súbitamente entrecidos espectadores. ¡Que no le piquen, que lo van a matar! Esto es desconcertante. Aquellos señores espectadores han pagado su localidad para presenciar una corrida de toros, y dada su actitud irreduciblemente contraria a la suerte de varas, lo que pretenden es que la Fiesta se convierta en una novillada sin picadores. Si éstos se limitan, por decisión presidencial, a un solo puyazo, la calma vuelve a reinar en la gente; la calma y la euforia y el entusiasmo, y jalean y ovacionan y conceden orejas, rabos y patas a un torero que torea y mata un torete sin picar, porque en realidad no necesita castigo. ¿Cabe más desorientación? ¿Puede esto perdurar? No lo sé. Así llevamos varias, demasiadas temporadas. En esta última ha persistido menos. ¡Ah, este menos es muy importante! Este menos es nada menos que muchísima gente menos en las plazas y ciento y pico de corridas de toros menos celebradas en los ruedos. Este menos es la aldadada postrera que, ha sonado en la escalera. Pero no cantemos victoria. Aun estamos bastante lejos de alcanzarla. El público, el gran público, verdaderos aficionados a un lado, no lo reclama con la energía y eficacia precisas. Se limita a cubrir de insultos y de silbidos a los picadores. Si aplicara esta inútil energía en vociferar contra el torete, entonces variaría la cosa.

—Exageras lo tuyo. De vez en cuando salen toros.

—¡Y dale bola! ¡Pero si nadie niega que salgan toros! Si lo que sostengo es que el toro ha dejado de ser un animal fiero al que hay que reducir a fuerza de arte y de valor.

ANTONIO DIAZ-CANABATE

(Dibujos de Ismael Cuesta y Jiménez Llorente.)



Con ANTONIO BIENVENIDA

Que interrumpió su campaña americana para conocer a su hija
Ganó en Lima el escapulario de oro y plata del Señor de los Milagros, por sus triunfos en la Plaza del Acho

República y su esposa dieron en honor de los toreros españoles una recepción inolvidable.

—Bien. Se dirá. Y ahora... dígame: ¿Qué opinión de la próxima temporada?

—A mí no me gusta hablar nunca de la próxima temporada, porque siempre se equivoca uno. Se dice, a lo mejor, que va a ser buena y luego resulta lo contrario.

—Pero ¿usted no cree en la crisis?

ANTONIO Bienvenida acaba de llegar de América. Tomó el avión en Lima, y saltando sobre el mapa —tras unas horas de parada en Nueva York— se plantó en Madrid para conocer a su hija.

—No pude esperar—me dice, apenas iniciamos el diálogo en su casa, en una salita que preside el magnífico retrato al óleo que le hiciera el sevillano Romero Rensendi.

—Pero... ¿vino con ánimos de volver?

—Sí. Mi padre, que se ha quedado allí, al lado de mi hermana, en Barranquilla, donde está también mi madre pasando las fiestas navideñas, quería que volviese. En febrero se organiza "allá", en Lima, otra breve temporada, y yo estaba muy bien "colocado" para torear otra vez. Pero...

—No quiso.

—Eso es. Vine, vi a la nena y decidí quedarme.

—¿Está satisfecho de su campaña en América?

—Sí. A mí siempre —y... perdón por la inmodestia— se me da muy bien América. Tengo suerte... y sobre todo, me sirve de acicate para después... Vengo con muy buenos ánimos.

—¿Toreó mucho "allá"?

—Tres corridas en Lima y dos en Caracas.

—¿Ganó mucho?

—Eso, pertenece al secreto profesional.

—Digo... trofeos.

—¡Ah! Pues... sí. En Lima corté, en la primera corrida, una oreja. En la segunda, dos y el rabo.

—¡Buen balance!

—Tan bueno, que me dieron como premio el escapulario de oro del Señor de los Milagros. Mírela.

Y Antonio me trae el famoso trofeo conquistado. Es una bella obra de orfebrería, en oro y plata, que reproduce el retablo del famoso Crucificado que reverencian con singular devoción los limeños.

—Me lo entregaron —continúa el joven maestro— en un festival que se celebró en la Plaza del Acho. La reina de las Américas, una linda peruana, la señorita Ana María Fernandini, fue la designada para la solemnidad.

—Entonces... ¿está contento?

—Hombre... no es para menos. Ese escapulario, aparte de su valor intrínseco, significa mucho.

—En total, entre las corridas de aquí y las de allá, ¿cuántas actuaciones sumó?

—Ajuste la cuenta: veintisiete en España y cinco en América, treinta y dos.

—¿Alternó allí con algún torero americano?

—En Lima, con Montani.

—¿Y... mejicanos?

—Yo no actué con ninguno.

—Pero... ¿habló con alguno?

—Claro. Con los que torearán en Caracas.

—¿Y... qué dicen del pleito?

—Que se tiene que arreglar. Que se arreglará.

—¿Usted lo desea?

—Sí.

—¿Cuántas veces cruzó el Océano?

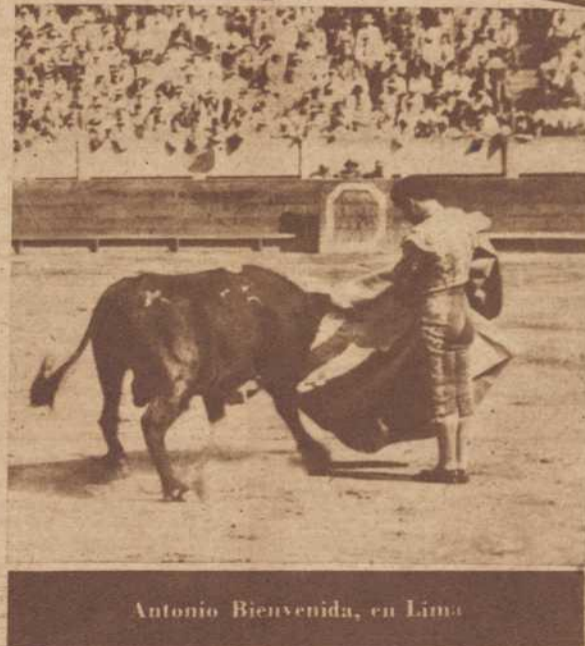
—Bueno... yo nací en Caracas.

—Me refiero a las veces que atrevesó el Atlántico como torero.

—Anoté usted: Fui en 1943 a Venezuela; en 1944, a Méjico; en 1947, a Perú y al Ecuador; y en 1949, a Perú y Venezuela.

Antonio Bienvenida recibe de manos de la Reina de la Belleza de las Américas, señorita Ana María Fernandini, el escapulario de oro y plata, con la reproducción del Señor de los Milagros

Antonio Bienvenida y su joven esposa contemplan a su hija. Ella, la nena, fue la que interrumpió la campaña del torero por tierras americanas



Antonio Bienvenida, en Lima

—Aparte de ese primoroso trofeo, ¿qué otros recuerdos guarda de sus últimas corridas en Perú y Venezuela?

—Ya le dije que vengo contento. En Lima hay un ambiente gratisimo. La gente llena la Plaza, aplaude y agasaja a los toreros... sobre todo a los españoles. Allí nos quieren bien. Desde el presidente de la República al último aficionado. Yo quiero que diga usted que estoy muy agradecido a los amigos de allá, al embajador, señor Castilla, a la Prensa, a todos... El presidente de la

—No.

—Luego...

—Bien. Diga usted que la próxima temporada será aún mejor que la pasada.

—¿Qué hará ahora?

—No moveré de Madrid.

—¿No irá al campo?

—Sí. Pero... en febrero. Iré al campo de Salamanca, a entrenarme.

—¿Cuándo empezará?

—Todavía no lo sé.

—¿Le gustaría empezar en la feria de Sevilla?

—Por qué no. Eso siempre es un buen comienzo.

—Otra cosa. Mejor dicho, la última cosa: ¿Influye en el torero el matrimonio?

—Quizá. Yo creo que estando casado uno tiene que arrimarse más al toro. La responsabilidad...

—Pero... ¿no le preocupa la sucesión?

—¿Mi hija? Pues... claro. Pero creo que precisamente por ella tengo que apretarme más y más.

—¿Le gusta que sea niña?

—La verdad... me hubiera gustado más que fuera un niño. Bueno... esa era lo que yo quería. Ahora me parece que... es mejor que sea así.

—¿Le gustaría tener un hijo torero?

—Oiga... ¡no corra tanto!

—Pero... ¿le gustaría o no?

—No.

—Eso significa que se rompe... una larga tradición. Su abuelo fue torero... ¿Es que va a perdarse la dinastía de los Bienvenida?

—Yo no digo tanto. Pero... ¿no le parece bastante con que sea torero yo?

—¡Ah!

FRANCISCO NARBONA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



EN el número especial que la "Revista Nacional de Arquitectura" dedicó a las Plazas de toros aparecen dos artículos firmados por sendas figuras del toreo: Juan Belmonte y Domingo Ortega. En ambos buscaron los realizadores de la publicación las opiniones autorizadas de quienes ven las Plazas de toros desde el ruedo, y eligieron, sin duda, con acierto. Sus respectivos artículos se leen con deleite e interés. El de Belmonte, de estricta valoración literaria, se endereza al estilo arquitectónico, para proclamar su preferencia por el barroco; pero el de

Ortega aborda temas diversos de indiscutible sentido práctico y de muy fina observación, que bien merecen ser comentados, porque afectan al desenvolvimiento del espectáculo en varios

LO primero que debe cuidarse con esmero, al construir una Plaza de toros, es el ruedo, el piso, que debe ser perfectamente horizontal, sin hoyos y de una consistencia semidura. Las razones son obvias, pero resulta indudable que muchos pisos de Plaza son casi intransitables, extremadamente peligrosos para los lidiadores, y, en consecuencia, perjudiciales para el espectáculo que, en tales circunstancias, se desarrolla con las naturales cautelas, con merma de su dinamismo y vistosidad. No deben existir bocas de riego, que si un día estuvieran justificadas, hoy los tanques motorizados las hacen absolutamente innecesarias.

Ortega llega a un punto muy discutido: los burladeros. Son muchos los detractores del burladero que acumulan argumentos en su contra, pero ninguno, a mi juicio, tan justo y ponderado como el que Domingo Ortega utiliza en su defensa. Si en un caso dado, viene a decir, el torero tiene que buscar protección, está bien que lahalle pronto y sin peligro, pues el mérito de su faena no radica en esto. Efectivamente, ¿qué más da al aficionado que un diestro desaparezca del anillo de un salto acrobático que traído por un escolillón? Todo depende, para su elogio o para su censura, de la labor que está realizando en la arena, cuando está con el toro, cuando da pases o lances, no cuando de manera más o menos airosa ha de tomar el olivo.

Se refiere más adelante el maestro de Borox al *aforo ideal* de las Plazas, que cifra en doce o catorce mil espectadores. En las Plazas monumentales, como en las dos de la capital mejicana, e incluso en las de Madrid y Barcelona, un gran sector de público queda fuera de ambiente y no entra en el espectáculo en situación, y aplaude o grita sin oportunidad ni medida. El aforo propuesto, en cambio, es suficiente para el calor y el ambiente apasionado que precisan las corridas. Sin embargo, reconoce que el aumento del número de habitantes y el mayor precio a que hay que pagar a cuantos factores intervienen en la Fiesta, obligan a mayores aforos que habrán de influir en la misma, imponiendo transformaciones, o evoluciones, aunque nunca haciéndola desaparecer.

Y, al fin, saltando sobre otros pormenores, de los que Ortega se ocupa con justeza, llega a una observación también estimable: el peo de caballos. De este típico lugar, en el que discurren las escenas preliminares de la Fiesta, indica la posibilidad de separar a las personas de los animales. Es una *convivencia molesta*, que no conduce a nada sostener. En cambio, ese aislamiento en que se coloca a los diestros del público que ha acudido a presenciar el espectáculo, no debería existir. No lo comprende, y siente esta simpática afirmación: "A los toreros no nos molesta, en absoluto, este primer animoso contacto con la afición."

Domingo Ortega, con la sobriedad y la eficacia con que actúa en los ruedos, ha fijado en un artículo con la pluma en la mano, opiniones ponderadas y justas que deberían tenerse en cuenta al construir nuevas Plazas y, a mi juicio, tomarse en consideración para introducir reformas en las que están construidas.



UN AFICIONADO BARCELONES

Don Diego Serrabou viene presenciando corridas de toros sin interrupción desde hace más de medio siglo

EL conjunto efectivo que forman los aficionados a las corridas de toros se subdivide y fracciona en varios matices y denominaciones subalternas, según que los que componen aquél sean partidarios de determinados toreros, prefieran unas suertes a otras o antepongan el interés que les inspira el toro que pueda merecerles el arte de torear.

Cualquiera de estos aficionados, toristas o toreristas, cuando es consecuente y rinde, durante años, lustros y decenios, un culto permanente al espectáculo español por antonomasia, representa para éste una contribución a su sostenimiento y una aportación a su brillantez que no pueden desdesharse, pues se dan casos en los que un espectador de éstos luce por el mismo tanto o más que algunos actores.

Tal es el caso del barcelonés don Diego Serrabou y Font, quien tiene a gala blasonar de que viene presenciando todos los festejos taurinos, efectuados durante más de cincuenta años consecutivos en la Ciudad Condal, absolutamente todos, sin soluciones de continuidad, y de que desde que se establecieron las tarjetas de abono para toda una temporada ningún otro aficionado de Barcelona le aventaja en perseverancia para abonarse y en demostrar la estrecha relación de su conducta con la desbordante afición que sigue manteniendo.

—¿Cuál fué la primera corrida de toros que usted presencié?—Le preguntamos.

—La del 2 de abril de 1899, en la desaparecida Plaza de la Barceloneta. Era aquel día Pascua de Resurrección, contaba yo catorce años y recuerdo que Mazzantini y "Conejito" mataron seis toros de una ganadería andaluza, a la que "Guerrita" daba el nombre de "Jotalagachi".

—Sería la de don Carlos Ochoaurrechí.

—¡Eso mismo! Oí decir entonces que Mazzantini no toreaba en Barcelona desde hacía cuatro años, y por eso se le recibió con tal ovación, que luego de hacer el paseo hubo de dar la vuelta al ruedo.

—Envidiable es su memoria, señor Serrabou.

—Mire usted: de aquellos tiempos me acuerdo mejor que de cualquier episodio ocurrido en la última temporada. Nueve corridas—novilladas aparte—hubo aquel año en la Barceloneta; en la de aquel día de San Juan toreó "Guerrita" por última vez en Barcelona; en tal día, un torero de Mauna, muy serio, dió a Emilio "Bombita" una cornada tan grande en la pantorrilla izquierda que puede decirse que acabó con los alientos de aquel diestro, tan "guapo" con los toros, y en la corrida del 29 de octubre se despidió "Chicorro", y al mismo tiempo concedió la alternativa a su sobrino, "El Jerezano".

—Con tan poderosa retentiva como la suya, ya vemos que podría ir desgranando usted muchas efemérides.

—No se abarata nunca. Tenga en cuenta que entre las corridas que llevo presenciadas en Barcelona, y las que vi en otras Plazas, he sido testigo de unas 1.700; pero permítame que mencione una de mis primeros años de aficionado, que dejó en mi ánimo indeleble impresión: el día de San Pedro del 1900 se inauguró la Plaza de las Arenas, y el 7 de octubre de aquel año se registró en ella la mortá, cogida de "Dominguín", un torero madrileño muy valiente, llamado Domingo del Campo, que fué el primero apodado así. Lo mató un toro de Mauna, y "El Algabeño" tuvo que estoquear a los seis de aquella tarde.

—Y bien, señor Serrabou: ¿qué diferencias encuentra usted entre el toreo de hoy y el de ayer?

—Muchas y notables; pero me pronuncio por el de hoy, porque aunque el toro no es el mismo, en lo que hoy se hace existe, en mi concepto, una calidad artística superior a la del toreo antiguo.

—Así, pues, ¿asiste usted hoy a la Plaza con tanto entusiasmo como en su juventud?

—Exactamente igual. Mi afición no cede ante nada, y mi optimismo puede medirse con el de un joven aficionado.

—De manera es que usted cree perfecta la lidia actual?

—Sí, señor. De ponerle algún reparo sería el de los peos. No transijo con ellos, porque quitan visosidad y gallardía a la suerte de picar; y como los picadores no se preocupan, como antes, de defender al caballo, queda desnaturalizada la misma y el primer tercio de la lidia carece de la belleza emotiva que en otro tiempo tuvo.

—¿Cuáles han sido sus toreros predilectos?

—Como he transigido con todos los estilos y he procurado conciliar las normas mejor fundadas, han sido varios los diestros que, en un transcurso de medio siglo, contribuyeron a entusiasmarme. Cuando, después de Mazzantini, "Guerrita" y "Reverte"—a los que vi poco—, pude hacerme cargo con más discernimiento de los valores de la Fiesta, fueron Antonio Fuentes y Ricardo "Bombita" los que más me satisfacían; piense que conocí la brillante época de "Joselito" y Belmonte, y que, además...

—Pero, bien—le atajamos—: entre tantos toreros como usted ha conocido, y entre tantos estilos de unos y de otros, ¿quienes han apasionado a usted, no obstante su eclecticismo?

—Si me estrecha usted de esta manera, tendré que manifestarle que es la gracia sevillana la que siempre me ha cautivado más; y por eso al "Chicuelo" de hace veintitantos años y el Pepe Luis Vázquez de nuestros días son los que mejor han acertado a satisfacerme.

—¿Acabáramos, señor Serrabou! Ya hemos descubierto su flaco. Usted es un sevillanista integral.

—En materia taurina, sí, señor. Un sevillanista barcelonés. A ver cómo me ata usted estas distancias... geográficas.

—Atadas están después de hacer el nudo sus preferencias taurómicas. Don Diego Serrabou y Font reside a la vera de las agujas, las ojivas y los pináculos del templo explotado de la Sagrada Familia; en su domicilio no faltan los atributos taurinos, presididos por la cabeza disecada de un toro; numerosas son las colecciones de periódicos taurinos que posee, y como testimonio de su avasalladora afición actual, exhibe el mostramos su hemeroteca:

—¡Aquí presento mis papeles!

Y nos exhibe la colección completa de EL RUEDO, que guarda como oro en paño, y para cuya revista tiene encendidas frases de elogio.



Don Diego Serrabou

ANTONIO SANCHEZ y su palabra sincera

LA EDAD MEDIA
DEL TOREO

Le retiró una cornada. - Sigue actuando en festivales. - La fiesta está mal. - Hoy no se manda. - El examen previo. - Divertirse no es torear. Una posible corrección al Reglamento. - El cambio de tercio. - La compensación de la pintura

o lo otro, ¿cómo manejaría usted el capote o la muleta...? ¿Qué poquitos iban a salir con bien del examen!

—¿Y el ganado?

—Se ha dicho y con razón que es la base. Las corridas de hoy son guisos de conejo sin conejo, arroz con pollo sin pollo. ¿Entiende la metáfora gastronómica?

—Perfectamente.

—A muchos "fenómenos" de ahora les echan novillejos para que se diviertan. Pero divertirse no es torear. Las Plazas son Plazas de toros, no de toreros, y las corridas son también de toros, no corrida de toreros. Esto se está pareciendo mucho al fútbol ese, donde la gente no va a ver el balón, sino lo que hacen los jugadores.

—Y ¿qué solución encuentra usted?

—Que salgan toreros que se lo coman todo, lo bueno y lo malo, y no únicamente peras en dulce. Lidiadores sin truco, de verdad. ¿Está claro?

—Está diáfano.

—A mí me gusta hablar así, sin tapujos, y también sin mentar a nadie, porque todos son amigos y buenas personas. Pero en la Plaza es diferente.

—¿Qué correcciones haría a la organización actual de la lidia?

—Ahora en el paseo el espada más moderno va en el centro. Pero yo daría la primacía al más antiguo. Es decir, que el que tiene más experiencia debería lidiar, en caso de cogida del compañero, no al bicho que queda sin matar, sino al que todavía no ha salido de los toriles. El toro que está en la Plaza debe corresponder al moderno, para que lo despache como sepa o como pueda; pero la incógnita que aun no ha pisado la arena y en la cual hay una posibilidad de triunfo, reservémosla al más experimentado, al de más aboengo, al que ocupa un puesto más elevado en el escalafón!

—Y ¿cree usted que el cambio de tercio debe corresponder a la presidencia?

—Sí, señor, porque si se deja en manos de algunos toreros nunca verían llegado el momento de dar la señal, por lo menos hasta que el toro estuviera media muerto a fuerza de puyazos.

—¿Le compensa la pintura su nostalgia de haberse retirado?

—Me ayuda a soportar mi melancolía. Cuando me encierro en el estudio y me pongo delante del lienzo y voy consiguiendo encajar una figura o encontrando la luz y el color debidos, soy casi feliz. Pero cortarse la coleta es muy triste. Hay que pasarlo para saber lo que es eso.

Y Antonio Sánchez, serio y altivo, nos mira con ojos taladradores.

ALFREDO MARQUERIE



Antonio Sánchez en la actualidad (Foto Zarco)

ME retiró una cornada —dice Antonio Sánchez, pelo de plata, puro perfil racial, camisa de alburá deslumbradora—. Aquella cornada que me dieron en 1929 y de la que tardé en curar ocho años. Ahora tengo cincuenta y dos, pero no me faltan las fuerzas para torear en tentaderos y festivales. Vea cómo lo hago todavía...

Antonio —magníficamente biografiado por Díaz Cañabate en la estupenda "Historia de una taberna"— nos alarga una foto reciente donde se puede admirar su planta y su aplomo en el manejo de la muleta.

—Todos los años —añade— actúo a beneficio de los guardias. Fué el médico quien me cortó la coleta. Aquella maldita cornada... Pero luego me refugié en la pintura. Ya había hecho intentos y ensayos y decorado al temple las paredes de mi establecimiento. Pero yo no quería ser sólo tabernero. Y el gran don Ignacio Zuloaga me animó y me alentó. Ahora reparto mi afición entre la paleta y los toros.

—¿Sigue yendo a las corridas?

—A todas las que puedo.

—Y la Fiesta, ¿está mejor o peor?

—Está mal.

—¿Por qué?

—Desde que se fueron José y Juan empezó la decadencia. "Manolete" hizo mucho y se metió a todos en la canasta. Ha tenido imitadores, pero no continuadores.

—¿Quiere usted explicar eso?



El pintor Antonio Sánchez en su estudio (Foto Zarco)

—Con mucho gusto. La afición sólo la mantienen los toreros que dicen: "¡Aquí estoy yo!", los que no se dejan pisar el sitio, los que torear lo que les echen, los que mandan, los que aguantan la arrancada como la aguantábamos los de antes.

—Y ahora...

—Se torea por lo bonito, pero no se manda. A muchos diestros abría que pedirles que explicaran primero una lección teórica, con bichos de plomo, como con los que juegan los niños. Si el toro va por ahí, ¿usted qué haría...? Y si hace esto



El industrial Antonio Sánchez en su taberna (Foto Zarco)



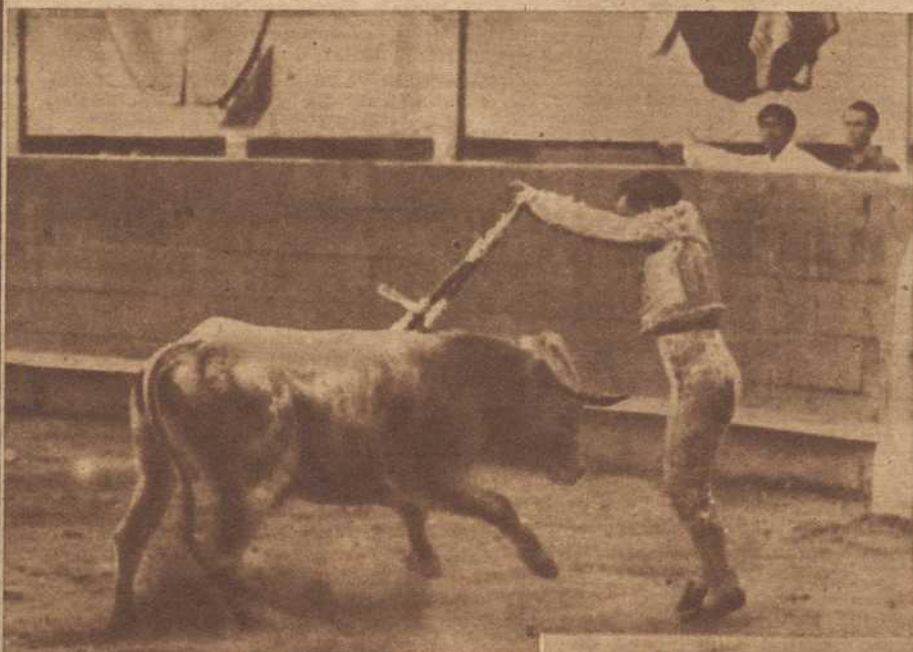
El torero Antonio Sánchez en su elemento (Foto Baldomero)

Día 11.-Novillos de Delgado para Adolfo Rojas ("el Nene"), Nito Ortega y Juan Guerrero



Una gaonera de Nito Ortega a uno de los novillos de Victor Delgado

El paseo de las cuadrillas. Al frente de ellas, Nito Ortega, Guerrero y Adolfo Rojas



El peruano Adolfo Rojas en un par de banderillas

Juanito Guerrero en un muletazo de rodillas



El colombiano Nito Ortega sufrió un revolcón que no tuvo consecuencias

Adolfo Rojas («el Nene») en un muletazo por bajo

«El Nene» dando la vuelta al ruedo, después de despachar al cuarto



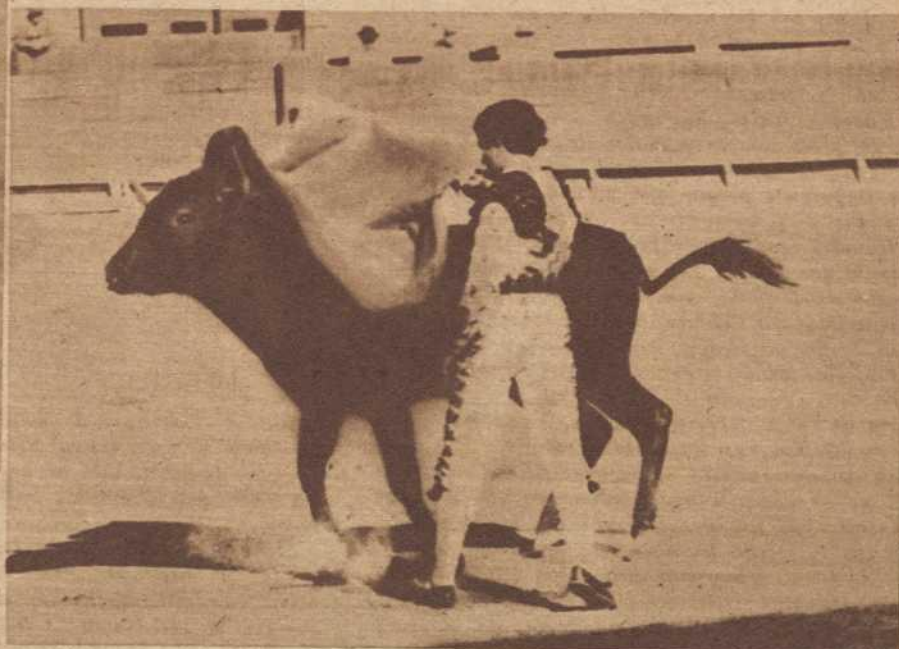
novillos en LIMA

Día 18.-Novillos de Delgado para Adolfo Rojas ("el Nene"), Juan Páez y Félix Rivera



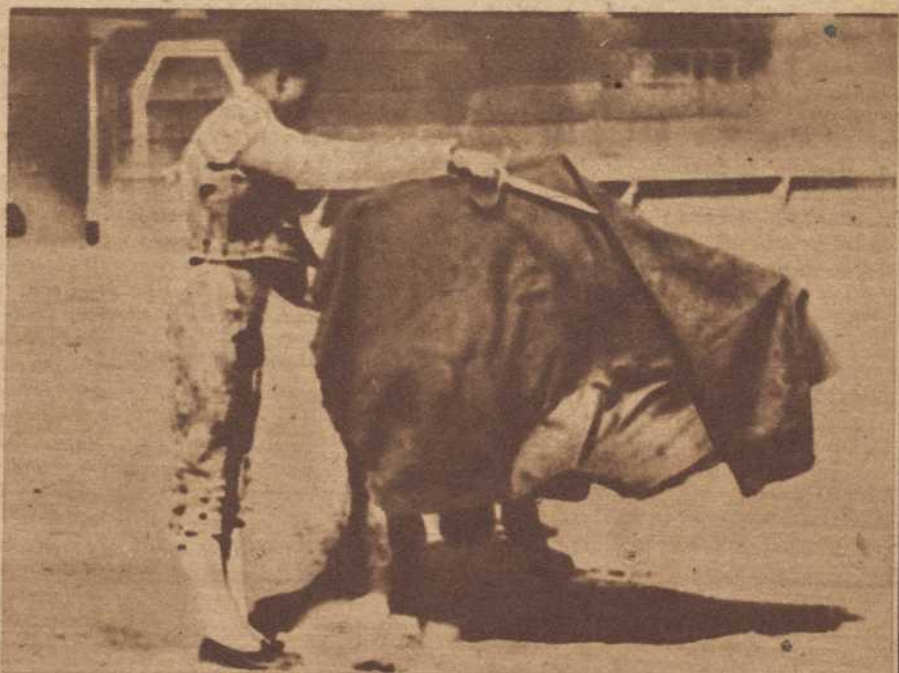
«El Nene», que tuvo una actuación regular, en media verónica

No se lució el sevillano Juanito Páez, al que vemos aquí muleteando al segundo



Tampoco en el quinto logró Páez entusiasmar al respetable

Félix Rivera durante su faena al tercero, en el que estuvo muy bien (Fotos H. Parodi, exclusivas para EL RUEDO)



Rivera, único triunfador de esta mediocre novillada, en una chisuelina

Un ayudado por alto de Adolfo Rojas en la novillada del día 18



Una larga del novillero limeño Félix Rivera



GALERIA DE LIDIADORES DE RESES BRAVAS

BERNARDO Gaviño, Ponciano Díaz y Saturnino Frutos («Ojitos»).

Estos son los nombres de los diestros, el segundo azteca, que en la historia mejicana del toreo representan las tres épocas más importantes.

Fue en la primera Gaviño —nacido en Puerto Real (Cádiz)— quien, hallándose en América ejerciendo su profesión de matador de toros, se trasladó, en 1834, a Méjico, causando su presencia una enorme impresión porque allí no se conocía bien el toreo a pie.

El lidiador gaditano, aprovechándose del desconocimiento que existía entonces de la forma en que se toreaba en España, aun mixtificando las suertes y ejecutándolas con ventajitas y trapacerías, llegó a ser el ídolo de los mejicanos, porque, aunque de manera imperfecta, les dio a conocer lo que en tal respecto era por ellos ignorado.

Hasta el 11 de febrero de 1886, fecha en la que murió en Méjico, cuando contaba setenta y tres años de edad, a consecuencia de la grave cogida que sufrió el 31 de enero anterior, actuando en la Plaza de Texcoco, fué Gaviño el sembrador de la semilla tauromáquica cuyos frutos no se hicieron esperar.

Uno de éstos, el mejicano Ponciano Díaz Salinas, nació en Ateneo el 19 de diciembre de 1858.

Especializado, por su gran destreza, en el «jarripeo» —conjunto de suertes del toreo a la mejicana—, se fué aficionando al español, recibiendo lecciones de Gaviño, con el que actuó en diferentes ocasiones.

Representa Ponciano la segunda época en la afición mejicana, y con el fin de consolidar sus triunfos en los circos aztecas, en los que alternó, entre otros espadas españoles, con Fernando Gómez («El Gallo») y Machío, se presentó en la Madre Patria el año 1889, dando a conocer primeramente el «jarripeo» y recibiendo después, de manos de «Frascuélos», ante la presencia de «Guerritas», la alternativa de matador de toros en la tarde del 17 de octubre.

Sin dejar honda huella como torero de a pie, Ponciano Díaz volvió a su país; pero el suceso de su ul-

Ponciano Díaz, discípulo de Gaviño y primer torero mejicano que recibió la alternativa en España



ternativa contribuyó de notable manera para que la afición a nuestra brava Fiesta fuese en aumento en Méjico, de donde aun no había surgido el torero con las aptitudes necesarias para alternar con los españoles.

Años más tarde, vicisitudes de la vida hicieron que pisase el suelo mejicano Saturnino Frutos («Ojitos»), banderillero en la cuadrilla de «Frascuélos», que fijó su residencia en León de las Aldamas, donde fundó una escuela taurina.

Enseñó el maestro «Ojitos» a sus discípulos todas las suertes clásicas del toreo, siendo el predilecto de Saturnino Rodolfo Gaona Jiménez, porque éste demostró, desde los primeros instantes, ser el más capacitado para llegar a ser un gran torero.

Con la fundación del centro docente taurino de León de las Aldamas quedó establecida, hasta nuestros días, la última y más brillante etapa de nuestro nacional espectáculo en Méjico, culminando en Gaona, como figura señera de todos los lidiadores aztecas.

Sólo un torero extranjero de las dimensiones artísticas del Califa de León, como aun continúa llamándosele en Méjico, pudo reducir la soberbia del célebre empresario don Indalecio Mosquera, codearse con los famosos espadas Ricardo Bombita,

«Machaquitos», Vicente Pastor y Rafael «el Gallo», y, finalmente, resistir el poderoso empuje de José «el Beltrán», hasta el extremo de ser, como estos dos colosos, base de las más importantes combinaciones, considerándose por los desapasionados aficionados, dentro de los tres tercios de la lidia, como el rival más temible del inolvidable y siempre llorado maestro de Gelves.

Como preámbulo de los capítulos que vamos a publicar dando a conocer la vida tauromáquica del notable espada que en muchas ocasiones nos hizo recordar la majestad de Rafael Molina («Lagartijo»), ante la elegancia de Antonio Fuentes, hemos creído conveniente trazar el anterior bosquejo histórico coletado hispanomejicano.

LOS PRIMEROS PASOS TAURINOS DE GAONA EN ESPAÑA. — EL MAESTRO Y EL DISCIPULO EN EL CAFE INGLÉS. — ¡DESORIENTADOS!

Había empezado el año 1908, y, según costumbre meteorológica, marzo nos azotaba el rostro con sus fuertes vientos, enviándonos sus últimas ráfagas heladas nuestra vecina Sierra de Guadarrama.

Rodolfo Gaona en los principios de su gloriosa carrera taurina

LOS VEINTE AÑOS DE TORERO DE RODOLFO GAONA

LAS TRES EPOCAS DE LA HISTORIA MEJICANA DEL TOREO



Saturnino Frutos («Ojitos»), cuando era banderillero de «Frascuélos». Retirado del toreo, se trasladó a Méjico donde aleccionó a Rodolfo Gaona

Se aproximaba la primavera, los almendros empezaban a florecer y en los medios taurinos se hacían pronósticos sobre lo que podía ser en los madriles la primera temporada taurina que estaba al caer.

Conociase el nombre de los matadores de toros ya contratados para figurar en el cartel del abono y se lamentaba la tirantez de relaciones existente entre Mosquera, empresario de la Plaza de la Carretera de Aragón, y «Bombita» y «Machaquitos», los años entonces del cotarro coletado, por aquello de las sustituciones y el pleito de los mirras, que tanto dió que hablar y que escribir.

Sobre todos los anteriores temas giraban las conversaciones en el café Inglés, aquel famoso café de la calle de Sevilla, existente en la confluencia de esta calle y la de Arlabán, antiguo Callejón de Gitanos.

Reuniase en aquel establecimiento, la crema del taurinismo de aquellos ya lejanos tiempos. Empresarios, ganaderos, apoderados, aficionados y toreros, cuyos nombres tenemos presentes y no citamos porque la lista sería interminable. ¡Aquel café Inglés! ¡Qué serie de recuerdos nos trae a los aficionados ya sexagenarios!

Allí, Manuel García («el Espartero»), Rafael «el Gallo» y otros lidiadores, en las mañanas de corrida, sin ocultar su vista tras negros cristales y fumando vegueros se dejaban ver de los aficionados y la chiquillería, que se agolpaban, curiosos, ante los ventanales del inolvidable local.

En una de las tardes del citado ventoso mes se produjo allí un revuelo extraordinario.

Se había presentado, inopinadamente, Saturnino Frutos («Ojitos»), el banderillero de la cuadrilla de «Frascuélos» ya alejado de la profesión, y ausente de España desde hacía bastantes años.

Procedía «Ojitos» de Méjico, y le acompañaba un joven que frisaba en los veinte años, de tez morena, mimbrenho, elegantemente vestido, simpático y expresivo, que desconocido por los aficionados españoles, al terminar el susodicho año, pródigo, por cierto, en acontecimientos tauromacos, acabó escalando las más altas cumbres de la popularidad.

Reconocido por ellos, «Ojitos» saludó y abrazó a sus viejos amigos «El Barquero», crítico taurino, popularísimo, de «Heraldo de Madrid»; a Eduardo Rebollo, «El Tío Campanita», director del semanario «El Tío Jindama», y asiduo parroquiano de los templos donde se adoraba al dios Baco; a Manolo Retana, sastre de toreros y representante de Mosquera, y a otros muchos aficionados veteranos, de la época de «Lagartijo» y «Frascuélos».

El maestro «Ojitos» presentó a su joven acompañante, Rodolfo Gaona, el más aventajado discípulo de su escuela taurina, despertando su presencia una viva curiosidad, ya que el objetivo de su largo viaje era nada menos que armarle caballero en la andante torería.

Sabiase por referencias de toreros españoles, con los que había actuado en Méjico el joven Rodolfo, que no era éste un indocumentado en el toreo; pero no se le consideraba lo suficientemente capacitado para tomar la alternativa, así de golpe y porrazo, y en la Universidad Central, como se llamaba al últimamente desaparecido coso madrileño.

Sólo el maestro «Ojitos» tenía una fe ciega en su discípulo, y en mala ocasión abordó al empresario don Indalecio Mosquera, porque éste hallábase muy resentido de «la faena» que el año anterior se le había hecho con la presentación de otro torero mejicano efímero, el titulado millonario Vicente Segura, protegido de Antonio Fuentes y por éste doctorado el 6 de junio en corrida por ellos organizada.

Ni «Ojitos» ni Rodolfo Gaona eran ricos, ni disponían de otros medios para acercarse a la Empresa madrileña que las recomendaciones —una de éstas de don Luis Mazzantini—, de las que hizo caso omiso el hombre de las gafas montadas en oro, cuando Saturnino de tal forma le ofreció los servicios de su protegido.

En plena desorientación discípulo y maestro, y ante las lamentaciones de «El Tío Campanita», indicado para apoderar a Rodolfo, «Ojitos» se dispuso a jugárselo todo, visitando por última vez a Mosquera.

UNA SALIDA EN FALSO DEL BANDERILLERO DE «FRASCUÉLO»

Tenía la Empresa madrileña montadas sus oficinas en un edificio de la Puerta del Sol, próximo a la calle del Arenal.

En ellas, y hallándose presente Retana, fué recibido «Ojitos» por don Indalecio.

El ex torero pidió al empresario una corrida para que en ella fuera doctorado su discípulo.

—¿Y quién es tu discípulo?—le preguntó Mosquera.

—El mejicano Rodolfo Gaona—le respondió con aplomo Saturnino.

—Rodolfo qué: ¿Yo no le he oído nunca mentar! Retana se quedó perplejo y «Ojitos» aterrado.

—Bien, don Indalecio —continuó, afligido, el maestro—. ¿Y dos novilladas con vistas a la alternativa?

—Nada, nada —contestó imperturbable el empresario—. Lo siento mucho, pero no puede ser.

A «Ojitos» se le nubló la vista, y tambaleándose, bajó por la escalera de la casa como si le hubieran dado con una barra de hierro en la cabeza.

Tenía en aquellos momentos don Indalecio clavada aún la espina de orden económico con motivo de la presentación y doctorado de Vicente Segura, y su compatriota Gaona pagó los vidrios rotos.

RODOLFO PENSO EN VOLVER A MEJICO. — LOS DUELOS CON «TINTORRO» SON MENOS

Vivía en la calle de Jordán, número 1, una hermana de «Ojitos», y en aquella hospedábase éste y Rodolfo.



Gaona fue, como se vera más adelante, un banderillero extraordinario

El lance al que se llamó «gaonera»

micos para poder realizarlo. Desesperado el torero, el maestro y el apoderado, no cesaban de cambiar impresiones, y en más de una ocasión en los corrillos taurinos de la calle de Sevilla se les hacían preguntas con mal disimulada ironía.

No había más remedio que romper por donde fuera.

Y «Ojitos» tuvo, ¡al fin!

una luminosa idea que a todos les pareció de perlas.

Presentar con toros de muerte a Rodolfo en una encerrona y someterle de esta manera a la sanción de los aficionados madrileños.

Después de algunas gestiones impetuosas, se decidió que la encerrona se verificase en la plaza de toros que existía en las inmediaciones de la Puerta de Hierro.

DON JUSTO

Terminada la publicación de los reportajes de nuestro redactor Francisco Narbona acerca de la vida y la muerte de Francisco Vega de los Reyes («Citanillo de Triana»), ofrecemos a los lectores de EL RUEDO el relato de las andanzas por España, y de sus triunfos, del matador de toros mejicano Rodolfo Gaona. A nuestro colaborador «Don Justo», que convivió con el diestro azteca, confiamos su realización

«OJITOS», CON SUS «VERDOSOS ORGANOS VISUALES», EMPEZO A VER CLARO

Pasaba el tiempo, la temporada había empezado y el horizonte se presentaba muy oscuro. Sin cartel de Madrid, cómo iban a pedir corridas a los empresarios provincianos?

¿Organizar por su cuenta y riesgo, como Vicente Segura, una corrida en Madrid? ¿Vana quimera! Ni Saturnino ni Rodolfo tenían medios econó-



Fernández Arranz cree que todos los problemas taurinos se solucionarían cuidando el toro y abaratando la Fiesta

En la Casa de Socorro del distrito de la Universidad, donde desempeña su cargo, encontramos a don Francisco Fernández Arranz, aficionado de pies a cabeza y metido de lleno en los medios taurinos desde su más temprana juventud. Ha sido apoderado de varios toreros que han llegado a la cumbre entre ellos el "Andaluz", y en la actualidad apodera a un novillero. Pero todo esto lo hablamos de un modo demasiado vago cuando llegamos a la Casa de Socorro, dispuestos a sondear su afición. Nos habían dicho que era un aficionado de verdad, y era el momento de comprobarlo. Por eso le preguntamos:

—¿A usted le gustan mucho los toros?
—Sí, señorita, mucho; de toda la vida. He ido a los toros desde muy pequeño. Mi padre era un gran aficionado y me llevaba a todas las corridas. Ahora procuro ir también a todas; pero debo confesar que mi presupuesto no alcanza para tanto y dejo pasar muchas de las siete de San Isidro, si llego a ver cuatro puedo darme por contento, y de las otras voy a las que considero casi un sacrilegio para la afición el faltar a ellas. Desgraciadamente, creo que no soy el único a quien ocurre esto, porque la Fiesta se ha convertido hoy en un regalo para los privilegiados de la for-

tuna. Y no es que yo aspire a ir a barrera; pero, en realidad, el tendido 3 ó el 4 no me atraen nada. Cuando era un muchacho conseguí ver gratuitamente todas las corridas por un procedimiento casi heroico: di mil vueltas hasta conseguir un empleo en el cargo de banderillas, y así logré ver las corridas desde el callejón. Esto lo hacía sin percibir sueldo ninguno.

Después de estas declaraciones, que ya no dejan lugar a dudas acerca de la afición de Fernández Arranz, insistimos acerca del tema de los precios, contra los que acaba de protestar:

—¿Y qué parte integrante de la Fiesta cree usted que es la que causa su encarecimiento?

—Quienes principalmente la encarecen son los ganaderos. De esto no me atrevo a hablar como quisiera, porque ya dice Benavente que la sinceridad es un lujo muy caro que no nos podemos permitir. Pero ¿cree usted que hay derecho a que un ganadero, al que no quiero citar, de nombre casi desconocido, completamente sin acreditar todavía, haya pedido esta temporada pasada veinte mil duros por una corrida? ¿Y que por una novillada, ¡de erasles!, se pidan quince o dieciséis mil? Creo que esto es un abuso intolerable, contra el que todos debemos protestar. Entre eso y los impuestos, las localidades alcanzan unos precios tales que, si uno tiene un hijo o dos en edad de divertirse y hay que costearle las diversiones, aunque a ellos les gusten mucho los toros y a uno también, se les dan dos duros para que se afilien a un equipo de fútbol y por poco dinero solucionen su tarde de domingo.

—Pero usted no habrá cambiado su noble afición a los toros por la del fútbol, ¿verdad?

—No, eso no. Creo que al fútbol he ido dos o tres veces todo lo más, y de las corridas a que he asistido tengo la cuenta perdida. Sin embargo, por el motivo que le he dicho, y como el problema no se tome en serio, es muy posible que verdaderos aficionados a los toros dejen muchas corridas por ver y se vayan al fútbol, pensando que éste no es incompatible con su afición y en cambio les resulta más barato. Si continúan los problemas económicos de la Fiesta corremos el peligro de que sobrevenga una crisis taurina como la que padecemos a raíz de la pérdida de nuestras Colonias.

—¿Qué medios ve usted para evitar eso?

—He creído siempre que la ganadería de reses bravas era un lujo y no un medio de lucro para los grandes señores. Y hoy muchos ganaderos no miran más que el negocio. Creo que con pagar las reses bravas al triple de lo que valdrían vendidas como carne, ya estaba bien. Claro que al hablar así de los abusos de los ganaderos no hablo de todos. Hay muy honrosas excepciones: ganaderías acreditadas que no pierden su prestigio vendiendo corridas malas, y quiero recordar aquí dos ca-



sas de nobleza y de auténtico pundonor: uno es el del duque de Pinohermoso, que porque le foguearon uno o dos toros, hizo una verdadera depuración en su ganadería y vendió al matadero casi todas sus reses. El otro gesto bonito que recuerdo es el de don Eduardo Miura, que en cierta ocasión, después de estar sus novillos en la Plaza donde iban a lidiarse, al impedir la lluvia que se celebrara la corrida, se los llevó de nuevo a su ganadería y no consintió que los apuntillaran, como es costumbre. Además, cuando el empresario de la Plaza, conmovido por aquel rasgo, le propuso comprarle aquella novillada a precio de corrida y darla en La Coruña —donde era empresario de la Plaza— como corrida, porque en aquella ciudad no habían visto miuras, y el éxito, por tanto, estaba asegurado, se negó a aceptar la oferta, y dijo con gran dignidad que no podía dar una novillada por corrida. En contraste con esto hay ahora ganaderos que en los tentaderos rechazan las vacas demasiadas bravas y eligen las mansas si embisten bien. La calidad del toro es otra de mis preocupaciones.

—¿Es usted partidario del toro grande?

—Sí, pero, ¡cuidado!, nada de mastodontes. Me gusta el toro bravo, cuajado y con buen peso.

—¿Qué clase de toro prefiere?

—En el toro miro más la calidad que la cantidad. Por ejemplo, entre "Gallito" y Belmonte, a pesar de ser más variado "Gallito", me gustaba más Belmonte. De los toreros de hoy, prefiero no citar nombres.

—Usted, ¿se exalta mucho en los toros?

—No, no, me mantengo bastante sereno. No soy un exaltado, ni me gustan las ordinariades mientras dura la corrida.

—¿Qué opina del público?

—Pues muchas veces sus opiniones me ponen de mal humor, sobre todo cuando coinciden con ellas al torero y le equivocan.

—¿Qué opina de la presencia de la mujer en los toros?

—Como adorno está bien; pero, perdóneme usted, creo que hay muy pocas que tengan una idea clara de lo que son los toros, y entorpecen un poco la Fiesta con su presencia. ¡Se oye cada cosa entre las filas femeninas! Esto no quiere decir que no haya mujeres verdaderamente entendidas; hablo de la mayoría.

—Pues vamos ya con la última pregunta: ¿qué cree usted que ocurrirá en la próxima temporada?

—El pronóstico no es difícil. Han surgido magníficos novilleros durante ésta, que seguirán triunfando en la próxima; espero... Tenemos a Luis Miguel Dominguín. En fin, confío en los valores jóvenes.

LA PEQUEÑA HISTORIA DE LOS PICADORES ACTUALES

"Ahijado", mozo de cuadra y "monosabio", fué Luis Vallejo ("el Pimpi") antes de ser picador de toros
La última Nochebuena de "Manolete"

HOY les visita a ustedes desde esta página una de las figuras máximas de los picadores contemporáneos. Artista del primer tercio de la lidia, Luis Vallejo Barajas —"el Pimpi" para muchos—, por un sentido vocacional y familiar, soñó desde niño con encontrar en el ejercicio activo del toreo el vehículo más propicio para la consecución de sus afanes taurinos y, ¿por qué no decirlo?, económicos también. Así se metió en la Fiesta, consiguiendo su fortaleza física, su valor y su entusiasmo cimentar un sólido prestigio en ese mismo tiempo que a los más se les va en iniciarse en los secretos de la profesión.

Y aquí está, junto a nosotros, Luis Vallejo, alto, serio, con su mirada socarrona, dispuesto a recibir nuestro chaparrón de preguntas.

—Como siempre, dispuesto a "lidiar" todo lo que salga.

—Pues allá va. La primera pregunta no puede ser otra que la relacionada a sus primeros pasos por la vida.

—Madrileño cien por cien, vine al mundo el 31 de julio de 1916, en el barrio de Pardiñas, esquina a la "c'Alcalá". Y tan pronto empecé a llevarme "los gabrielitos" a la boca, comencé una lucha entre mi padre, cochero de punto, y mi tío Basilio, por entonces ya acreditado contratista de caballos. Cada uno quería llevarme a su profesión, y yo, dando de lado a la obediencia filial, opté por lo que más me gustaba: los toros.

—¿Quiere explicarnos cómo le fué en su aprendizaje?

—No crea usted que, por ser sobrino de mi tío, todo fué "pan comido". Por lo pronto, a los trece años, me hizo comenzar de "ahijado".

—Y eso, ¿qué es?

—Pues que entonces, y ahora, se viste el neófito la blusa de monosabio, pero sin salir de las cuadras y la barrera. Luego ascendí a mozo fijo de caballerizas. Ganaba un duro diario por cuidar y pasear los caballos, y hacer recados. Cuando mi mentor lo juzgó oportuno, me autorizó para ser "monosabio" efectivo.

—¿Cuándo debutó en su aspiración suprema?

—El 18 de febrero de 1935, en Tetuán de las Victorias, en una novillada de Esteban Hernández, para Saturio Torón, "Torerito de Triana", y Miguel Cirujeda. Llevado de mis deseos de aprovechar la primera ocasión, en vez de limitarme a estar "de más", piqué los seis novillos, y en los dos de Cirujeda, por concesión suya, intervine en todas las varas.

—Y ¿qué tal quedó esa tarde?

—Entre mi nervosismo, y que me dieron el caballo de "la sota de copas", estuve más tiempo haciendo la horizontal que la que corresponde a un jinete.

—¿Qué vino a continuación?

—Hice en Tetuán mis diez corridas reglamentarias, entre ellas el debut de "Manolete", con Silverio Pérez y Cirujeda, que por entonces era figura insustituible.

—Sería interesante saber el juicio que en aquella época mereciera usted a su tío Basilio.

—Mi pariente, que siempre ha sido un buen "escanión", cavió el día de mi debut un tribunal, integrado por "Trueno", "Parrita", "El Tigre", Antonio Vega y "Paquillo", el hoy decano de monosabios, para que juzgaran libremente mi labor.

—Y ¿cuál fué el veredicto del jurado?

—Que con constancia y buena voluntad, llegaría a... mantenerme sobre el caballo durante toda la corrida. ¡Menudo "hueso" era el quinteto designado para aquilatar mis méritos! Sólo al verme debutar en Madrid, el 27 de mayo de 1935, empecé Basilio a vislumbrar posibilidades de éxito en mi trabajo.

—¿Intervino en muchas corridas como picador de novillos?

—Tan sólo el año de mi debut, que piqué en calidad de reserva todas las novilladas que se celebraron en Madrid, a excepción del tiempo que tardé en curar una cornada que un toro de Tamames me produjo el día 26 de junio del mencionado año 1935. Como entonces no llevábamos el zapato de hierro que hoy se estila, el pitón me taladró el pie derecho de parte a parte.

—¿Quién le ascendió a picador de toros?

—Marcial Lalanda me emparejó en su cuadrilla con "Relámpago", y piqué mi primera corrida de toros el 12 de abril de 1936, en Barcelona, en un cartel en el que también intervinieron Ortega y



Luis Vallejo Barajas —mozo de Enrique Segura

«Barajas», en un descanso durante la Feria valenciana de 1943

Un puyazo de «El Pimpi» en la Feria de Valencia de 1948



Manolo Bienvenida. Seguí con Marcial hasta la corrida de su despedida. Este año de 1942 lo concluí —y el siguiente— en la plantilla de Antonio Bienvenida.

—Usted, que tan buenos servicios hizo a "Manolete", ¿cuándo causó alta en su cuadrilla?

—Al comenzar la temporada de 1944. Con él estuve dos veces en América, y a su servicio seguía cuando se produjo la tragedia de Linares. No volví a picar hasta el año siguiente, accediendo a deseos de Agustín Parra, cuyos toros he picado también esta última temporada.

—A usted, que cuenta los éxitos por actuaciones, no es cosa preguntarle cuál fué la mejor. ¿Quiere decirnos, en cambio, cuándo experimentó el peor rato?

—Mis peores horas las he sufrido volando. A mí el avión me produce más pánico que el peor bicho con cuernos. Volando, con "Manolete", de Méjico a Nueva York, creí llegado el fin de mi vida. Y al aterrizar me dijeron que no exagerara, que la cosa no había pasado de un pequeño "bache".

—Y ante los toros, usted, con su gesto, aparentemente imperturbable, si pasa mal rato, se encarga de disimularlo a las mil maravillas.

Disimulo, y nada más que disimulo. Al principio, la ignorancia que uno tiene es la base de su valor. Luego viene el sentido del deber; pero también llega la sensación del peligro y empiezan a pasarse malos ratos.

—¿Algún otro recuerdo, para concluir de este tormento a que le estamos sometiendo?

—Pues ya que estamos en Navidad, permítame que recuerde una Nochebuena para mí inolvidable. Fué la de 1946, en ocasión de estar en Méjico toreando con "Manolete". Un gran aficionado mejicano y españolista cien por cien, don Gabino Alvarez, tuvo la gentileza de abrirnos las puertas de su casa en noche tan emotiva para todo el que está fuera de su Patria. Innecesario es decir que la comida y los vinos fueron españoles. Brindamos por la España lejana, y luego se improvisó la zambra más "cañi" que yo he vivido. "Carnicerillo de Málaga" y "Cantimplas" pusieron cátedra de cante y baile. Yo hice lo que pude. Hubo un momento en que "Manolete", quitando la guitarra



Temporada 1944-1945 en Méjico. «Manolete» actúa en un festival de picador. Barajas hace de «monosabio»

de manos del "tocaor", se arrancó por alegrías. Luego cantó "media granaina", y después unas "tarantas", y el delirio. La auténtica sorpresa nos la dió don Gabino, a los pocos días, al hacernos entrega de unos discos, en los que estaban registradas las canciones que había cantado nuestro maestro.

—Muchas gracias, Luis Vallejo.

F. MENDO

LOS AFICIONADOS

que tuvieron la suerte de nacer después de 1920 encontrarán algún solaz leyendo "Fuenteovejuna", que es la tercera y última parte, con ribetes codornicescos, del libro de Luis Fernández Salcedo, que lleva escrita en la portada la frase "Mientras abren el toril"

ANECDOTARIO NUEVO DE UN VIEJO AFICIONADO

LA COLETA DE GRANERO

El primer representante que tuvo en Madrid el malogrado Manolo Granero fué Antonio Fadón.

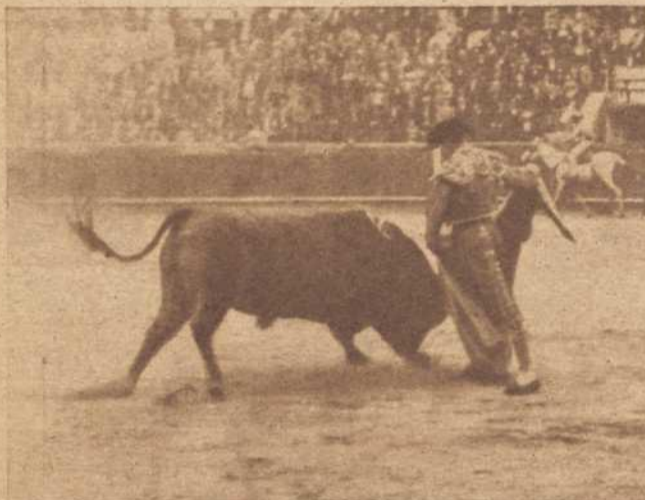
Antonio Fadón era redactor de «El Imparcial», hombre de una gran simpatía y muy conocido y considerado en los medios taurinos. Paco Juliá, tío de Manolo, hombre excelente, muy calumniado después de la muerte de su sobrino, a quien adoraba, tuvo un gran acierto al escoger a Antonio Fadón para que hiciese a Granero el ambiente que todos los aspirantes a figuras necesitan en sus comienzos.

Manolo Granero había toreado ocho o diez novilladas formales en 1920, su primer año taurino, cuando se presentó al público de Santander el 3 de julio, para torear una novillada de Angoso, en unión de «Carnicerito» y «Angelillo de Triana». Y en la Plaza montañesa dió el torero valenciano el primer sonoro aldabonazo en las puertas del éxito que había de conducirle a la gloria.

Y a la muerte, que acecha escondida entre los rosales.

Fadón nos refería la corrida a Juanito Vandel y a mí con fogoso entusiasmo, asegurándonos que no había hipérbolo en la referencia.

—Un auténtico escándalo! ¡La revelación de una gran figura del toreo! —reafirmábanos—. Y



Un lancee de «Carnicerito de Málaga»

no me tengáis por loco si os aseguro que en ese chiquillo, que tiene dieciocho años y no lleva ni uno toreado, ha reencarnado el espíritu taurino del pobre José.

Tantas veces se oyen parecidos ditirambos aplicados a estrellas fugaces de la tauromaquia, que, aunque sin propósito de molestar a nuestro amigo, le escuchábamos con sonriente escepticismo.

—Como sé que no lo creéis y yo tengo interés en convencerlos, mañana os invito a que vayamos a Toledo para ver torear a Manolo una corrida de Veragua.

Y allá nos fuimos el día de la corrida, encaminándonos desde la plaza de Zocodover al desaparecido hotel Imperial, que estaba en la Cuesta del Alcázar, donde se hospedaba Manolo. Eran las diez y media de la mañana.

—Oye, Antonio —dije a Fadón cuando llegamos al hotel—: seguramente estará descansando Granero y, como torea esta tarde, no debemos molestarle ahora.

Fadón decidió:

—Bien, pues vamos a pedir aquí el desayuno y, mientras nos lo sirven, voy a subir yo a explorar.

Vandel y yo nos sentamos en el comedor, que a aquella hora estaba desierto, y pedimos café. Pero aun no nos lo habían servido cuando regresó Fadón.

—Manolo, que cuando yo he subido, estaba lavándose, os ruega que vayáis a su habitación.

Subimos y nunca olvidaré la impresión de simpatía y de casi infantil cordialidad que advertí en el torero valenciano.

Le felicitamos por el triunfo santanderino.

—¿Se lo ha contado a ustedes don Antonio?

—Y con mucho entusiasmo.



El mozo de estoques le hace la coleta a Granero

—Sí. He tenido mucha suerte. Creo que es la primera vez que me ha salido todo como yo quería que me saliera. ¡Hay que ver las cosas que me dice la Prensa... che!

Y levantando la baudeja del abierto baúl, nos mostró una cantidad astronómica de periódicos santanderinos, que se apilaba hasta la mitad del ajoro del recipiente. Tiró de uno, me parece que era «El Pueblo Cantabro», en el que Antonio Morillas, director y revistero, se quitaba la cabeza elogiando a Manolo. Yo conocía bien a «Paco Censuras» —seudónimo de Morillas—, su seriedad y su respeto al

lector, y sabía que en aquello no había reóforos ni ditirambos.

Volvíamos a felicitar a Manolo.

—Y nos vamos —dije—, porque usted querrá descansar.

—¡Che!... Yo ya no me acuesto. Quiero ver la Catedral... ¿Han desayunado ustedes?

—¡Ibamos a hacerlo abajo...

—Pues bajaré con ustedes y desayunaremos juntos. ¿Había gente en el comedor?

—Nadie.

—Entonces, bajo así mismo.

Estaba en camiseta y se puso una americana a cuadros blancos y negros. Se caló una gorrilla para tapar la espesa y despeinada coleta y bajamos al comedor. Pero el comedor ya no estaba solo. En torno a una mesa algo distante de la nuestra había un matrimonio, de tipo extranjero, con un niño de tipo de gorila, de gorilita, mejor dicho, porque no rebasaría los diez años.

—No importa —decidió Granero—, me sentaré de espaldas para que no me vean en camiseta.

Así lo hizo y nos sirvieron el desayuno.

Manolo hablaba incesantemente de lo bien que le habían salido las cosas en Santander, de su deseo de repetir las aquella tarde y, sobre todo, de su ilusionado afán de alcanzar un gran triunfo cuando se presentase en Madrid.

—¿Cuándo será eso?

—Cuando el tío Paco lo diga; ¿verdad, don Antonio?

Asintió Fadón.

De pronto, el señor que con su esposa y su vástago ocupaba la mesa a que me referí, sacudió al niño tan feroz cogotazo que la criatura pegó con la cara en un tazón, partiéndole e hiriéndose en el rostro con el cortante borde. La madre daba unos gritos espantosos, y el nene, ¿para qué decir? Se-

Acudimos los tres, al tiempo que un camarero. Granero atendía al pequeño lavándole los arañazos con una servilleta mojada. Juanito Vandel y el camarero asistían a la señora, en punto de ataque nervioso.

Fadón increpó al padre:

—¡Así no se pega a una criatura, señor!

—¡Ustedes se han tenido toda la culpa! —bramó con extranjerisimo acento.

—Nosotros?

—Sí... Ustedes y esa señorita.

Miramos alrededor, extrañadísimos.

—¿Qué señorita?

—¡Esa!... ¡Que se está una vergüenza que una mujer se esté en un comedor público vestida de hombre, fumando y riéndose, sin respeto a las demás personas!

—Pero ¿a qué señorita se refiere usted, señor?

—¡Ya estoy diciendo que a ésta!

Y casi clavó el dedo en el tórax de Manolo Granero, en quien Fadón, Vandel y yo pusimos la mirada.

¡Tenía toda la razón el airado caballero!

Granero daba la exacta sensación de una mujer vestida de hombre, no solamente por su esbeltez y por su rostro lampiño, sino porque la despeinada coleta, de un castaño clarísimo, se le había escurrido por entre la gorra. Y la mostraba desmeledada sobre la oreja que casi le cubría, contribuyendo muy justificadamente al equívoco.

Nos costó bastante trabajo convencer al energúmeno de que Manolo no era una mujer, pero nos costó mucho más que creyese que era torero.

Y todo acabó felizmente, menos la lesionada cara del gorilita.

Por la tarde se dió la corrida, que presenciaron el matrimonio y el niño, invitados por Granero.

Al hacer un quite al veragua de turno, jabonero y bien armado, fué Manolo alcanzado y suspendido. Cayó de rodillas en la cara del toro, sin soltar el capote, y cuando, al arrancársele nuevamente el veraguño, vibró un alarido de espanto, Granero, suavemente, se lo lió al busto con media verónica prodigiosa, que convirtió aquel alarido de angustia en otro mayor de emoción y de entusiasmo.

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

«Angelillo de Triana»





La última novillada en la Plaza de toros de la Puerta de Alcalá

Por Orden del rey Fernando VI fué construida la Plaza de Toros que estuvo emplazada en la Puerta de Alcalá, cuya inauguración tuvo lugar el día 3 de julio de 1749 y clausurada el 16 de agosto del año 1874. Fué la primera construida de fábrica.

Vamos a copiar el programa oficial del último espectáculo celebrado en dicha Plaza en la fecha del 16 de agosto de 1874.

PLAZA DE TOROS

Sexta corrida extraordinaria de novillos con toros de puntas, para hoy, domingo, 16 de agosto de 1874 (si el tiempo no lo impide), última función en esta Plaza, por principiarse el derribo al día siguiente.

La empresa, en su deseo de complacer al público que tanto la ha favorecido en esta clase de funciones, ha dispuesto que la de este día sea tan variada como divertida, lidiándose un toro embolado por la cuadrilla de mujeres toreras; otros dos, que serán picados en burros y estoqueados en zancos; dos toros de puntas, novillos para los aficionados, y vistosísimos y extraordinarios fuegos artificiales.

La Empresa espera que con este motivo el público acudirá gustoso a presenciar la última corrida que ha de darse en un edificio donde tanto se ha divertido y que, construido y regalado por el rey don Fernando VI, cuenta una antigüedad de 127 años y tantos millones de reales ha producido a la humanidad doliente.

Presidirá la Plaza la Autoridad competente.

ORDEN DE LA FUNCION

1.º Dos novillos embolados, que serán capeados y banderilleados por una cuadrilla de jóvenes principiantes y retirados al corral cuando lo disponga la Autoridad.

2.º Dos toros embolados de la ganadería de don José Otaola, vecino de Madrid, que antes pertenecieron al Sr. Marqués de Santa Cruz, que serán picados en burros y lidiados a competencia por Miguel López "Corito" y "El Getafe", subidos en zancos, vestidos, el primero, a la antigua usanza española, y el segundo, de indio, siendo el primer toro banderilleado al natural por dos comparsas y estoqueado por el referido "Corito", y el segundo, banderilleado y estoqueado por el citado "Getafe", a competencia, pues ambos diestros han ejecutado separadamente tan arriesgadas suertes

en diferentes Plazas de España y extranjero, obteniendo siempre los aplausos del público.

3.º Un toro embolado de la expresada ganadería de Otaola, que será lidiado por la cuadrilla de mujeres toreras, siendo picadoras en burros Juana López y Tomasa Prieto; banderilleras, Rosa Campos y Javiera Bidaurre, y matadora, la antigua, afamada y valiente Martina García.

4.º Dos toros de puntas, que están reparados de un ojo, de la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua, con divisa encarnada y blanca, que serán picados por Joaquín Chico y Carlos Belber ("Lavativa"), banderilleados por Manuel Zúñiga, Remigio Frutos ("Ojitos") y Valentín Cabanes ("El Toledano"), siendo estoqueados por el aplaudido espada José Giraldes ("Jaqueta"), estando de sobresaliente de espada el referido Remigio Frutos y de puntillero Francisco Erades ("Cangrena").

5.º Ocho novillos embolados para que los aficionados puedan bajar a capearlos, lidiarlos, el último con luces de bengala alrededor de la barrera para mayor visualidad.

Y 6.º Una bonita y variada función de fuegos artificiales, compuesta y dirigida por el siempre aplaudido maestro pirotécnico Isidro Hernández, que se esperará cuanto pueda, por ser la última función que presenta en esta Plaza.

Una banda de música tocará antes de principiarse la función, en los intermedios y durante los fuegos artificiales.

A las cinco y media de la tarde.

Se observarán todas las prevenciones que la Autoridad tiene establecidas para esta clase de funciones, y las que se han anunciado en el programa de las corridas de toros del presente año.

Precios de las localidades: 2, 3, 4, 5 y 6 reales, y por consiguiente no hay que pagar además el impuesto de guerra.

Los niños que no sean de pecho necesitan billete, y no se darán contraseñas para salir, ni pueden devolverse al despacho los billetes tomados sino en el caso de suspenderse la función.

El despacho de billetes de la calle de Alcalá, número 24, estará abierto hoy, domingo, desde las ocho de la mañana hasta las cinco y media de la tarde. El despacho de la Plaza de Toros se abrirá a las tres y media."

Y la última corrida de abono que se celebró en dicha Plaza fué el día 12 de julio de 1874, con el siguiente cartel:



Fernando VI



Rafael Molina («Lagartijo»)



Salvador Sánchez («Frasuelo»)



Manuel Hermosilla

Seis toros de don Antonio Miura, de Sevilla, para Rafael Molina ("Lagartijo"), Salvador Sánchez ("Frasuelo") y Manuel Hermosilla, de Sanlúcar de Barrameda, nuevo en esta Plaza, siendo, por tanto, la última alternativa que se dió en la Plaza de la Puerta de Alcalá, lidiando el citado Hermosilla el primer toro, que atendía por "Espejito" de la indicada ganadería.

JULIO IRIBARREN

CUALQUIER TIEMPO PASADO

¿FUE MEJOR?

HOY COMO AYER, Y MAÑANA COMO HOY

MI «inseparable» fué empresario taurino más de treinta años. Sus primeros pasos en el negocio los dió cuando el arrendamiento de la Plaza de toros malagueña importaba catorce mil y pico de pesetas anuales — hoy vale cincuenta y tantos mil duros — y una corrida de una ganadería de cartel — Murube, Pablo Romero, Concha y Sierra... — se adquiría en 9.500 pesetas. Pero como el precio de las entradas era sólo seis pesetas el tendido de sombra y tres el de sol, «mi inseparable» no figura entre los que creen que cualquier tiempo pasado fué mejor...

—El año 14, en plena gloria de Joselito y Belmonte, una corrida dejaba pocas veces un beneficio de 25.000 pesetas.

—Es que cinco mil duros, entonces, eran...

—Eran un dinerito muy curioso, pero nunca lo que son hoy cincuenta, sesenta o setenta mil duros...

—¿Ese dinero se gana ahora en... a corrida?

—Ahora no sé, porque me retiré del negocio hace cuatro años, pero con «Manolito» y Arruza ese dinero se ganaba casi siempre en las Plazas importantes.

Pero si entonces decían ustedes, hablando de esos toreros, que «se lo llevaban tó».

—Yo no dije nunca tal cosa... Se llevaban mucho dinero, pero dejaban mucho también. Es como Belmonte en su segunda época, cuando se hizo cargo de él Eduardo Pagés. En Málaga cobró por una corrida cinco mil duros, la temporada en la que... Marcial me decía que estaba loco por pasar de las cuatro cifras, es decir de cobrar de 10.000 pesetas para arriba— hubo que pagarle un tren especial hasta Bqbadilla para enlazar allí con no recuerdo qué otro tren, y el gobernador nos impuso una multa de mil duros porque creía que habíamos vendido exceso de entradas... Pues, a pesar de estos gastos extraordinarios, y entonces fabulosos, ganamos cerca de veinte mil duros.

—¿Entonces, eso de que «cualquier tiempo pasado fué mejor»?

—Leyenda.

—En el tamaño de los toros, sí.

—Tampoco... Entonces, como ahora, se lidiaban toros chicos y toros grandes. Estos por los toreros de segunda y tercera, y aquéllos por los consagrados.

—Creo que exagera usted...

—Ni tanto así... Mire usted, el año que torearon José y Juan, su primera corrida mano a mano, fué en Málaga. Se celebraban las clásicas fiestas invernales y la Empresa organizó dos corridas de toros, una la aludida con los dos fenómenos de entonces, y otra de Miura para tres estilistas del volapié. Curro Vázquez, «Celita» y «Malla». Se intentó que actuase el malagueño Paco Madrid, pero éste, que tenía mucho cartel en su tierra, no tragó el paquete de los Miuras, porque no se accedió a su petición de torear también las peladillas de los Murube que se habían comprado para «Maravilla» y «Terremoto».

—¿Y qué ocurrió?

—¿Qué había de ocurrir?... Los Murubes fueron muy terciados, tanto, que uno de los toros, mansote, se fué del castigo del picador pasando por bajo del caballo.

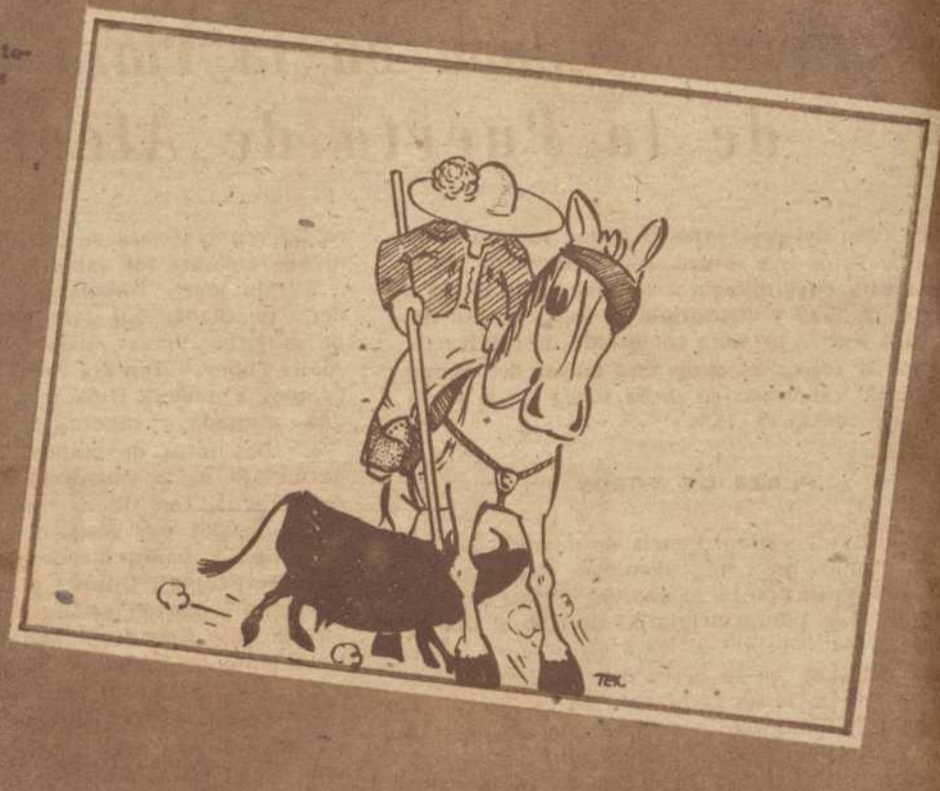
—Ande usted...

—¿Cómo que ande?... Vea usted en cualquiera Hemeroteca un periódico malagueño de aquella época. ¡Valiente chotada!, decían... ¡Aquellos toros de principio de siglo!... Lo mismo, lo mismito que se dice ahora.

VINO JEREZANO
FINO JARANA
 NOMBRE DE FIESTA
 Y BANDERA DE ALEGRÍA
EMILIO LUSTAU (JEREZ)

El «cuadro» de todas las épocas

En 1914 ya se lidiaban toros tan grandes... que pasaban por debajo del caballo de un picador



—Pero ahora salen chotadas casi todas las tardes

—En muchas Plazas y en sus fiestas tradicionales, no... En Málaga, por ejemplo... En Málaga se siguen lidiando en agosto los Villamartas y los Pablo Romeros de siempre con muchos kilos y magnífica presencia.

—Bueno, ¿y qué pasó con los Miuras del día siguiente al de los Murubes?

—Que parecían los padres de éstos... Gordos, con muchos pitones... La salida de cada toro producía en los espectadores una exclamación de asombro... Belmonte, con ese talento natural que siempre ha tenido, se largó de Málaga la misma noche —o en las primeras horas del día siguiente— de la corrida... Pero Joselito atendió la invitación de un amigo íntimo suyo, al que quería y respetaba mucho, y se quedó para pasar el día con él y asistir a la corrida. Don José Rosado González, diputado provincial y primate local del partido liberal —que él era el amigo íntimo a que aludimos—, lo llevó a una silla de primer piso y su presencia fué acogida con una ovación, porque a Joselito se le quería mucho en Málaga y tenía muchos amigos... Pero cada vez que salía uno de los toros de Miura, o que derribaba con fuerza a un picador, el público se volvía hacia Joselito y le gritaba —a pesar del cariño y de los amigos a que hemos hecho mención—: ¡Como los de ayer! ¡Como los de ayer!... ¡Fenómeno!... Al terminar la lidia del tercer toro y aprovechando el descanso y el riago del ruedo, Joselito se eclipsó y acaso se hiciera el propósito de no asistir a más corridas cen toreros segundones.

—Bueno, pero las novilladas eran más grandes que las de ahora...

—Por lo general, sí, pero cuando surgía un fenomenito... Mire usted, el año 18 tuve yo en Málaga una pareja de novilleros que me interesaba

cuidar porque llenaba la Plaza todas las tardes los malagueños «Carnicerito» y Joselito Manteca. Pues mi primer encargo a nuestro representante en Sevilla, que había de elegir y embarcar la novillada, era que fuese más bien terciada y cortita de pitones para que los muchachos siguieran triunfando.

—¿Y el público no protestaba?

—El público lo que quería era ver bien a «Man-tequilla» —como le decían a «Joseito»— y a «Carnicerito». Lo mismo que ha ocurrido esta temporada con «Litri» y Aparicio. Años después, el 22, en el debut en Málaga de Pepe el «Algabeño», se lidiaron seis chotillos, desmedrados y cortos de pitones, de Siurga. Esta vez sí protestó el público, y muy fuerte.

—¿Y eso?...

—Muy sencillo... Los dos malagueños eran los ídolos de la afición y se les pasaba todo, y el «Algabeño» traía cartel de fenómeno... y no era malagueño. Claro que ese mismo «Joseito», cuando renunció a la alternativa y volvió a actuar de novillero, toreó en La Malagueta una novillada de Urcola que salió a 300 kilos, en canal, y tenía unos pitones kilométricos. La diferencia que hay siempre entre el triunfador y fracasado.

—¿Qué pena!

—Pues esas son las cosas del toreo... Bueno, del toreo y de todo... Porque ¿quiénes son los que comen jamón y visten buenos trajes y se dan una vida espléndida? Los que pueden, hombre... Y en el toreo exigen e imponen los que pueden también. Eso pasa hoy y eso sucedió siempre, no lo dude usted...



Litografía del monarca portugués don Carlos, muy popular en las tertulias taurinas de Lisboa

TODOS los aficionados que han leído algo de historia taurómaca saben que el primer monarca que tuvo una ganadería brava fué Fernando VII, el rey castizo, que fundó la Escuela de Tauromaquia de Sevilla y mantuvo desde 1830 al 33 una ganadería, aunque de ella no saliera ningún ejemplar para ser lidiado en corridas.

Otro monarca que también tuvo ganadería fué el único rey luso llamado Carlos, hijo de Luis y María Pia de Saboya, nacido en Lisboa en 1833. Magnífico tirador, filólogo distinguido, excelente músico y notable pintor de acuarelas (en los salones de París recibió varias recompensas), oceanógrafo e investigador, publicó diferentes obras sobre aquella materia...

Carlos, miembro de la casa de Braganza, nieto de reyes que, según las crónicas, manejaron el rejón con valentía y donaire, no podía dejar de amar también a la fiesta más viril hasta hoy conocida, aunque ya en los tiempos de la última dinastía no le permitieran las leyes, dado su alto rango, practicar en las Plazas aquellos lances que sus antepasados realizaban.

Aunque aquel ganado bravo que pastaba en la dehesa de Vidigal, cerca de Vendas Novas, la ciudad alentajana, no era para ser vendido ni lidiado en las Plazas de toros, no por eso dejaba de cuidarlos el rey con esmero.

Cuando los deberes de su alta magistratura se lo permitían, S. M. lidiaba sus toros en compañía de sus convidados. A las fiestas asistían los vecinos de Vendas Novas y sus proximidades. Igualmente participaban aquellos vecinos en los encierros y tientas y a las faenas de acoso y derribo, cuando los invitados eran aristócratas españoles que practicaban este deporte.

La Placita privada situada frente a su palacio veraniego llamado «do Monte», era el escenario de las corridas y las tientas para la selección del ganado. Esta finca «do Monte», heredada por el rey cuando sólo era duque de Braganza, la destinaba para su primogénito don Luis Felipe, que murió con él, en el atentado del día primero de febrero de 1908, a la salida de la plaza del Comercio, de Lisboa.

Si como labrador fué el rey Carlos de los más destacados del país, puede decirse que también se encontraba a la cabeza de ellos como criador de otras especies de ganado, además de los toros de casta. Por iniciativa de S. M. se efectuó la cruce de una vaca de la especie india zebú y el toro «Caraça», de la ganadería de don Emilio Infante da Cámara. Según parece, este cruzamiento dió excelentes resultados, así como otro de otra vaca zebú y un novillo de Palha, que produjo ejemplares muy buenos para el trabajo. Como sucede a veces con los de media sangre, cuando les ponían por pri-

mera vez el yugo y el arado partían como desesperados, llevando tras de sí la pesada «charrua» o arado con unas pequeñas ruedas delanteras hasta que paraban extenuados y vencidos, quedando sólo de su potencia y reacción el surco profundo hecho por la reja.

En Vidagal estuvieron pastando doce toros apartados y destinados a la única corrida que se proyectó y lidió en la Plaza de Campo Pequeno, a beneficio de los tuberculosos, en el año 1901, y en la cual era voluntad de los organizadores que el «califa» cordobés Rafael Guerra («Guerrita»), ya retirado, viniese a Lisboa a torearla, cosa que no se consiguió.

También apartaron otra corrida para España, pero por dificultades que surgieron no entraron en los chiqueros españoles.

El grueso de la torada estaba en Ameira, sitio próximo a una fuente llamada «Fonte da Fome», por el hambre que sus aguas despertaban. Cuando fué visitada por Eduardo de Noronha sólo tenía un corto número de ejemplares; contaba sólo con setenta y cinco cabezas.

Las vacas de vientre bravas las tenía el rey en Canafreixeira, y eran treinta y cinco oriundas de Trespalacios, Máximo Falcao y de Emilio Infante da Cámara, en las que dominaba el pelo ensabanado. Como semental tenía un toro que le regaló don Eduardo Ibarra al rey.

En un montículo estaba situada —aun estará— la casa de reposo y de labor del Soberano ganadero, cuyas obras empezaron en 21 de marzo de 1896 y terminaron un año después.

En el gabinete de dicha casa tenía el rey Carlos de Braganza, además de los dibujos y pústeles que adornaban la estancia, según un cronista, «uma tosca cabeça de toiro de Mazzantini».

Tan conocidas eran las aficiones taurinas de don Carlos I de Portugal, que aun se encuentran en los círculos taurinos y en algunas tabernas de Lisboa litografías con la gruesa y bien plantada efigie del penúltimo rey portugués, cabalgando en soberbio corcel y tocado de sombrero de ala ancha, camisa de chorrera de cuatro pasadores y ancha faja roja, en simulado paseo por un cerrado.

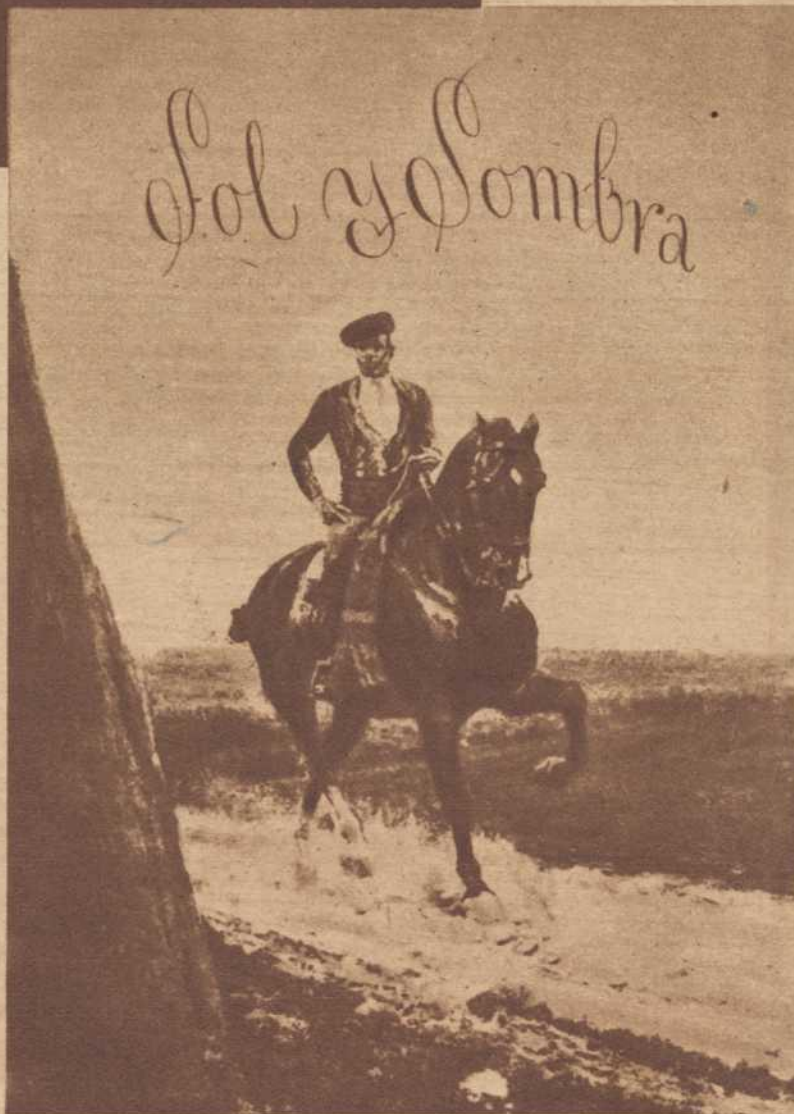
La impresión que tengo de la referida litografía es bien curiosa. Entusiasta de uno de los para mí mejores pintores de finales del siglo XIX, el aragonés Marcelino de Unceta, no puedo olvidar las obras que contemplo salidas de su bien valorada paleta. Por eso, al ver aquella litografía, me acordé de un retrato ecuestre, publicado en «Sol y Sombra», si mal no recuerdo, hecho por el pintor baturro a uno de aquellos célebres picadores de Alcalá de Guadaíra, los Calderones, que, montado en soberbio caballo de idéntica andadura, va tocado, en vez del sombrero de ala ancha, con el gracioso y artístico catite de su tiempo. El retrato se parece mucho al del rey Carlos, que acompaña a estas líneas.

Los toros en PORTUGAL

DON CARLOS, el rey que tuvo una ganadería brava

A. MARTIN MAQUEDA

Retrato de Antonio Calderón, publicado en «Sol y Sombra», original de Marcelino de Unceta



LOS TOROS, TEMA LITERARIO UNIVERSAL

Los más insignes escritores han comentado la Fiesta española

El mercedario Tirso de Molina describe una corrida con magistral realismo



Tirso de Molina

Mercedario de Castilla, no se tuvo a menos por describir lances de coso y suertes de rejonos en su obra "La lealtad contra la envidia". Es un relato vivo, animado, colorista, palpitante de realismo, lleno de agudeza observadora y de conocimiento de la Fiesta. Es una descripción taurina minuciosa y certera, en la que el más mínimo detalle queda registrado y no se hurta la más leve incidencia. ¡Qué precisión, qué regusto narrativo hay en cada fase del espectáculo, y al mismo tiempo qué belleza y empaque en el léxico humano y directo empleado por los personajes!

Esta comedia de que hablamos pertenece a un tríptico, y es la última de las dedicadas por Tirso a contar las glorias de la familia de los Pizarro. "Todo es dar en una cosa" se llama la primera, y "Amazonas en la India" intituló la segunda.

El protagonista de esta tercera es Fernando Pizarro. La primera jornada se inicia con el bullicio popular de una capea en Medina del Campo. Y la justeza ambiental del momento nos la ofrece el dramaturgo con una acotación exactamente taurina: "Tocan dentro chirimías y trompetas —dice—, como en la Plaza cuando hay toros." Y luego dos personajes, en diálogo vivo, ágil, impresionista, van describiendo la corrida con el sentido periodístico que hoy pudieran hacerlo un Ramos de Castro o un Matías Prast, artífices periodísticos al servicio de la moderna inquietud radiofónica.

Cuantos sucesos ocurren en el coso saltan a la escena con su vertiginoso sucederse en medio del vocerío entusiasta, expectante o dolorido, de la afición que contempla la Fiesta. El espectador puede "ver", con los versos del poeta, lo que la escena supone.

He aquí uno de los corteros diálogos de esta pieza de Tirso:

—*Pedíde a la oreja el nombre
si os precisás de torador;
dos rayos lleva en los huesos
y cuatro años en los pies.*
—*Barrendero valiente es.
¡Por Dios, que los más traviesos
le van despejando el coso!*
—*A todos tiembla la barba.
¡Fuego de Dios, cómo escarba
y cómo bufa el barroso!*
—*¡Jesús, Jesús, que le mata!
—¿Cogíole?*
—*¡Válgate Dios!*
—*¿Otra vez? De dos en dos
ciba, ejecuta y remata
a pares las cabezadas.
¡Oh, Minotauvo español!*
—*¿Hirióle?*
—*No; pero el sol
le atumbra las dos lunadas.*
—*Descortésmente se paga
tomo que hace tal castigo.
—Debe de ser enemigo
del arzobispo de Braga.*

Y para mayor dramatismo en la Fiesta, surge un accidente que da a la obra carácter de suceso. Cuando el propio protagonista está en la escena, comentando el curso de sus éxitos taurinos, se incendia la Plaza, caen andamios y tendidos, en tumultuoso golpear de tablones y chirriar de maderas, entre una sinfonía dramática y ensordecedora de los gritos angustiosos de los heridos y magullados. Salva don Fernando a doña Isabel, en peligro de ser cogida por el toro..., y luego la comedia deriva por otros cauces. Ahora que Tirso de Molina ha honrado la Fiesta con su aportación literaria.

JOSE ALTABELLA

DE LA ANTIGUA TORERIA CORDOBESA

La "amnesia" de "Formalito" y el amor propio de "Guerrita", "Lagartijo" y "Machaquito"

CON un anecdotario de "Juan de los Gallos", el célebre piquero, inicia esta serie de curiosos sucesos de los antiguos toreros cordobeses en el número 265 de EL RUEDO, que después no he tenido ocasión de reanudar. Hoy lo hago, escogiendo otro puñado de anécdotas, que tienen el valor de la autenticidad contrastada y de haber sido casi todas ellas recogidas de "fuente directa", por lo que también gozan del privilegio de ser inéditas en su mayoría, a la hora en que yo las traigo a la letra de molde. Manos, pues, a la obra.

¡NO CONOZCO NI A MI MADRE!

Joaquín Rubio ("Formalito") era un piquero de Córdoba que figuró de tanda en no pocas cuadrillas, y muchas más veces en calidad de reserva. Lo cual quiere decir que con toda su buena voluntad no era, ni mucho menos, una "lumbra" en el arte picanderil. Entre otras cosas —y perdónese la manera de señalar—, porque el señor Joaquín derrochaba en los ruedos una cantidad considerable de "mieditis".

Cierta día de corrida estaba el bueno de "Formalito" en el patio de cuadrillas, a lomos del "rocinante" de turno, en espera de hacer el pascillo, cuando se le acercó don José Salmoral, muy amigo suyo, y estrechándole la mano le dijo:

—¡Suerte, Joaquín!

—¡Gracias, don Antonio!—contestó Rubio.

—¡No soy Antonio, hombre; soy José!—objetó el aludido.

—¡Dispense usted, don José—volvió a contestar "Formalito"—; pero es que en estos momentos no conozco ni a mi madre!

¡NI A "RAFALITO" CONOZCO!

En contraposición con la anterior anécdota, en la que se refleja la "amnesia" producida por el miedo que invadía a "Formalito", está esta otra, resultante de todo lo contrario: del pundonor profesional. Claro es que en este caso el protagonista era nada menos que Rafael Guerra ("Guerrita"). Y da idea de la lucha abierta y noble que en el ruedo declaraba a todos sus compañeros. Al propio Rafael se lo oímos una noche referir en el Club:

—¡En la puerta de arrastre no conocía yo ni a "Rafalito"!

Rafalito era su único hijo varón, en quien "Guerrita" cifraba su mayor cariño. ¡Aquel amor propio profesional de Rafael Guerra llegaba a eso y a mucho más!

LA BUENA LA TOREAS TU!

Otro rasgo de amor propio, digno también del que es protagonista de esta anécdota, era en "Rabanales". Rafael Molina ("Lagartijo"), ya retirado, asistía a una tienda de vacas que dirigía "Guerrita"; entonces en el apogeo de su fama. Salió una vaca brava, suave y dócil para la faena. Rafael Guerra, dirigiéndose al "Califa", le dijo:

—Rafael, ¿quiere usted torear esta becerra, que es "mi güena"?

Y Rafael Molina contestó, tajante:

—No; ésa toréala tú. A mi me avisas cuando salga una mala.

EL QUE NO SE CONSUELA...

Y un tercer rasgo. A cada momento podían referirse de estos toreros, que tenían un alto concepto del ejercicio de su profesión. Rafael González ("Machaquito"), en sus comienzos, solía lamentarse de que a su compañero Rafaelito Molina Martínez ("Lagartijo Chico") se le dedicasen mayores atenciones que a él por parte de los amigos, de los eteros aduladores... Pero siempre que hablaba de tal cosa solía, como final de tema, "consolarse" de esta manera:

—En las mañanas de corrida, todos acuden a la fonda a saludar a Rafaelito. Mi habitación, sin embargo, siempre está desierta. Ahora que, por la tarde, después de torear, ocurre lo contrario: en mi cuarto no se "coge", y el de él está solo...

Y es que, en realidad, así es de voluble la admiración.

JOSE LUIS DE CORDOBA

«Guerrita»



«Lagartijo»



«Machaquito»



«Lagartijo chico»

A raíz de las dos «parodias de corridas de toros» que, en mayo de 1949, pudieron «admirar» los desventurados parisinos, hubo aquí infinidad de comentarios que sirvieron para demostrar una vez más hasta dónde llega la ignorancia en la cual viven aún varios sectores de la afición española en lo que se refiere al desarrollo de la Fiesta en el vecino país, o, mejor dicho, en esa región francesa que ha sido conquistada (ya de antiguo y de manera perenne) por el más bello y vibrante de todos los espectáculos. Ante todo, pues, apresurémonos a declarar rotundamente que, entre las dos «seudocorridas» parisinas (truncadas por los «vetos» de la Policía de la capital de Francia) y las muy auténticas que, año tras año, vienen celebrándose en ese «feudo» de la Fiesta que es el «Midi» (Mediodía o Sur francés), no hay sino muy escasos puntos de contacto.

Dicho «feudo taurino» lo constituye una amplia zona integrada por todos los «departamentos» (división administrativa, como es aquí la provincia) situados al sur de una línea imaginaria, trazada desde Burdeos hasta la frontera francoitaliana del Mediterráneo. La superficie así delimitada ocupa aproximadamente una sexta parte del total del territorio francés y comprende, entre otras capitales importantes: Marsella, segunda ciudad de Francia, con más de un millón de habitantes; Burdeos, la cuarta, con unos 600.000, y la sexta, Toulouse, cuya población rebasa la cifra de 300.000.

Ahora, tras este párrafo «geográfico-descriptivo», dediquémonos, si no a «desfacer entuertos», sí a hacer resplandecer la verdad... y la verdad taurina de Francia es que todas las corridas y «novilladas picadas» que se han celebrado, desde la época de «Lagartijo» y «Frasuelo» hasta la temporada de 1949 inclusive, en la región taurófila más arriba descrita, se desarrollan exactamente como en cualquier Plaza española, sin quitar ni añadir nada al proceso tradicional... Huelga, pues, afirmar que la lidia tiene allí su normal y clásico final, con la muerte, a estoque, del toro, y que, asimismo, la suerte de varas no es nunca ni omitida ni adulterada... Sí; las corridas en Francia son corridas íntegras, en todas y cada una de sus partes.

Sin embargo, es exacto lo que aquí se ha dicho de una ley cuyas exigencias se oponen radicalmente a las de la ortodoxia taurina. Existe esa ley francesa, promulgada hace bastante más de un siglo y que continúa en vigencia: se trata de la «ley Grammont» (1), cuyo texto prohíbe terminantemente «el matar a los animales en público, a guisa de espectáculo»... ¿Entonces?, dirán los lectores asombrados... Pues entonces... si esta ley existe efectivamente, también existe a la par el desacato a la misma! Respetada en todo el resto del país, la «ley Grammont» encuentra, en los departamentos cuyo conjunto forma la «zona taurina» de Francia, una tática tolerancia... Tan arraigada y generalmente reconocida es esta tolerancia, que cada año, y en varias ocasiones, corridas idénticas a las celebradas al sur del Pirineo y, por lo tanto, indiscutiblemente ilegales, son presen-

LOS TOROS FUERA DE ESPAÑA

Peculiaridades y psicología de la afición de Francia

ciadas oficialmente y hasta presididas por destacadas personalidades gubernativas. (Recuerdo que, en 1946, en Béziers, se celebró una corrida a beneficio de las víctimas de la guerra, que fué presidida por monsieur Vincent-Auriol, por aquel entonces presidente de la Cámara de Diputados y que, desde 1947, detenta la primera magistratura de la nación. Y no es dicho señor el primer presidente de la República francesa con justa fama de aficionado. Reciente está aún el recuerdo del presidente Gaston Doumergue —a quien Henry de Montherlant dedicó su magnífica novela taurina «Los Bestiarios»— y que dió repetidas pruebas de su afición militante...).

Esta constante violación de una ley vigente que ocurre —insistamos en ello— únicamente en la zona tradicionalmente «torera», acarrea una sanción que se aplica automáticamente... Por cada toro (o novillo) muerto en el ruedo, los organizadores del espectáculo han de satisfacer (tras haberse levantado acta para, con una solemnidad que tiene sus ribetes de farsa, establecer oficialmente «la realidad del delito») una multa cuyo importe fijo continúa siendo el mismo que cuando el castigo fué impuesto por vez primera. Esta cantidad, multiplicada por seis o por ocho, según los casos, los empresarios la incluyen, por anticipado, en su «capítulo de gastos» y, como allí decimos: «... le tour est joué!» (hecha está la jugada)... Los aficionados quedan satisfechos, a la par que respiran libremente los «defensores cien por cien» de la legalidad; inútil subrayar que, hogaño, el total de la multa representa un suplemento irrisorio, una gota de agua que se pierde en el «océano» de los gastos actuales.

Moribunda, en 1945, a raíz de la última guerra y tras cuatro años de ocupación alemana, la afición francesa consiguió renacer. Un continuo «soplar entusiasmos» sobre los rescoldos de una pasión casi extinguida, hace menos de un lustro, encontró el decidido apoyo de algunos empresarios y esto es lo que ha permitido el deslumbrante resurgir de la afición a la Fiesta sin par... De un total de 9 corridas celebradas en el primer año de reanudarse allá éstas, es decir, en 1946, llegamos en 1949, cuarta temporada de la postguerra, a la impresionante cifra de 33 espectáculos «serios» (sin contar los dos «simulacros» de París, con los cuales alcanzamos un conjunto de 35, en acuerdo con lo que arroja la exacta y bien documentada estadística está-

blecida por don Julio Iribarren y publicada en el reciente número extraordinario de EL RUEDO).

(Si Los toros tienen, en su «feudo francés», poderosas raíces, ya que están en absoluta armonía con las tradiciones locales (entre otras, una manera peculiar de desafiar la muerte, «jugando» con los toros indígenas; los «boids», como, en Provenza, llaman a esos típicos cornúpetas de la Camarga)... En la actualidad,

Francia constituye un extraordinario «mercado taurino» y un mercado en pleno auge cuyo desarrollo (siempre en la zona intrínsecamente «taurófila», pues ni creo en «conquistas» rumbo al norte... ni siquiera se me antojan deseables) ha de reservar aún muy gratas sorpresas... y eso que ya, antes de la guerra de España, Marcial pudo actuar 17 veces (de las 41 que totalizó aquel año) en Plazas de mi tierra y en 1939 «El Estudiante» toreó 15 corridas al norte del Pirineo...

Sin embargo, es de capital importancia recordar que, en la República gala, las corridas, en su integridad, continúan siendo tan sólo «toleradas»... Varios diputados y senadores se afanan actualmente para obtener la autorización oficial, con el reconocimiento del derecho legal, de celebrar corridas a la española («de muerte», como allí las califican) en todos los departamentos del «área taurina» del país... ¿Lo conseguirán?... Esto queda en el secreto de «lo por venir», pero, mientras tanto, cualquier autoridad regional (si se le antoja y se cree detentora de suficiente influencia moral) puede, de un solo plumazo, prohibir la celebración de las corridas de toros... Así ocurrió (nada menos que en Marsella, y por un período de 14 años consecutivos, los 14 años que fué alcalde un determinado señor (por cierto que, muerto éste y al abrirse su sucesión, uno de los candidatos a la Alcaldía de Marsella, incluyó en su programa electoral el «establecimiento de las corridas de muerte»... y... cumplió su palabra al ser elegido, elección esta en la cual las decenas de miles de votos aficionados jugaron un papel capitalísimo).

Este peligro latente de una supresión —total o parcial y para un tiempo indefinido— hay que tenerlo siempre presente; el ejemplo que acabamos de dar demuestra claramente su realidad (y eso que existía entonces, en Marsella, una afición tal que, en 1932, al año siguiente de reanudarse los auténticos espectáculos taurinos, se dieron en la gran urbe mediterránea 6 corridas, más 3 novilladas con picadores... 9 funciones total que no alcanzan sino contadas ciudades españolas... y, no obstante, las ingentes huestes taurófilas que permitieron la celebración y el éxito económico de toda estas corridas o novilladas, se habían quedado 14 años! sin su espectáculo favorito... porque así lo decidió un simple alcalde...).

«Ro-G»

(1) «Digame» del 20 del corriente trata precisamente de esta ley; pero la llama equivocadamente «ley Falloux», en lugar de «ley Grammont». La «ley Falloux» versa únicamente sobre cuestiones de enseñanza, lo cual dista bastante del tema que aquí tratamos!

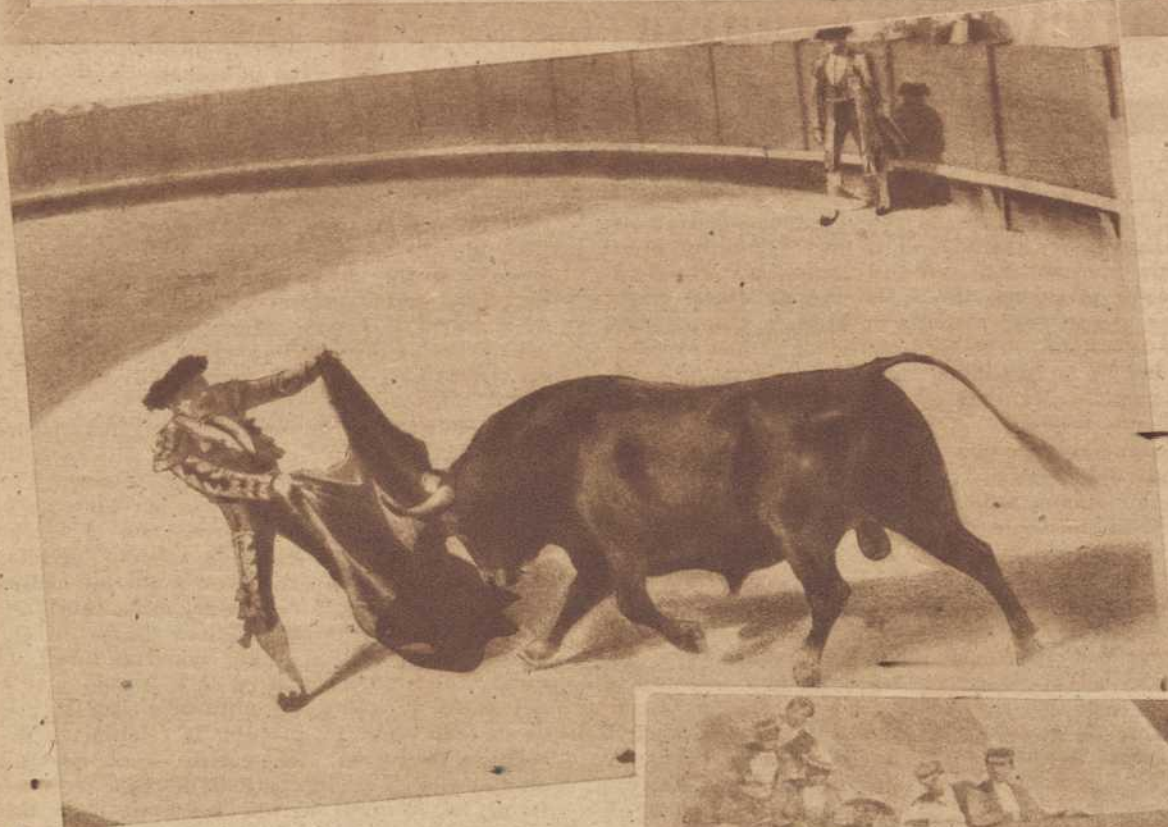


Plaza de toros de Arlés



Plaza de toros de Béziers

El toro de lidia en la «TAUROMAQUIA» de MONTES

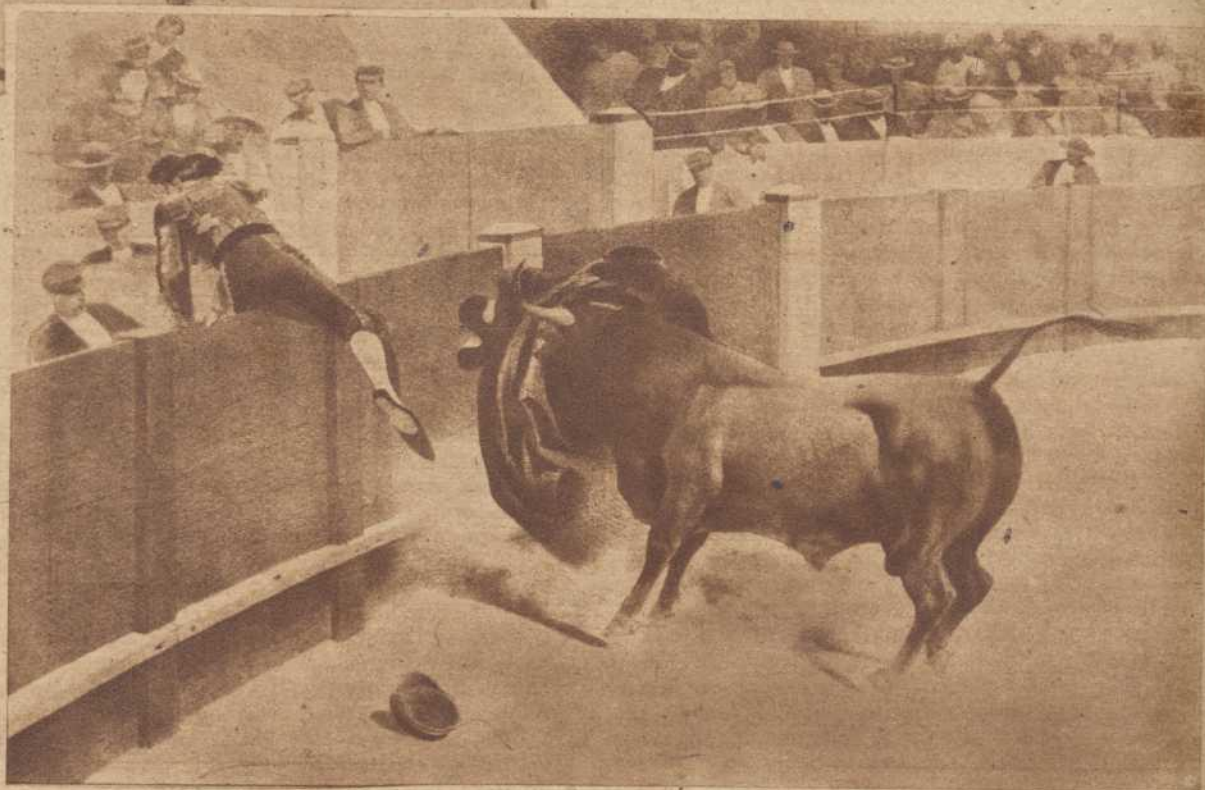


(Continuación)

A esto se llama «dar las tablas al toro o cambiar los terrenos». Es regla general con estos toros hacerlos de capa y darles los remates muy largos, haciéndoles mucho quiebro en el momento de cargarles la suerte.

Algunas veces estos toros rematan en el bulto, principalmente cuando son de los que hemos dicho que empiezan a ganar terreno después de varias suertes: en este caso, además de las precauciones dichas, es necesario echar mano de los recursos que veremos posee el arte para los toros de «sentido».

Estos toros, cuyo distintivo es el remate en el bulto o cuerpo del torero, son los más difíciles de torear y los que han dado más cogidas; pero, como veremos, ahora tienen su suerte segura. Para ejecutarlas se llamarán con las mismas precauciones que los antecedentes, teniendo perfectamente cubierto el cuerpo con el engaño, con lo cual se les obliga a que lo tomen, y aun cuando su remate es en el cuerpo, se evita no moviendo los pies hasta que el toro haya humillado y tenga la cabeza bien metida en la capa, de suerte que no pueda ver el lado de la huida del diestro, el cual en el momento que lo tenga en esta disposición le cargará la suerte, y sin tirar todavía los brazos, con un quiebro grande de cuerpo, se saldrá de dentro, dando con ligereza cuatro o seis pasos a la espalda para ocupar el terreno que deja el toro, en cuyo acto tiene que tirar los brazos, y sacar la capa por alto en el momento en que el toro tira la cabezada fuera, con lo cual se remata la suerte con seguridad. No obstante, sucede muchas veces que estos toros desde que arrancan vienen ya metidos en el terreno del



diestro, buscándoles el cuerpo, y de un modo que no dan lugar a mejorar el sitio, lo cual nunca se intentará, siendo preciso cambiar los terrenos por las mismas reglas que dimos para los que lo ganan, y usando además de todas las precauciones que hemos dado arriba, con lo que el remate es seguro. Si a pesar de todo lo expuesto, el toro, que sucede

raras veces, se revuelve muchísimo y viene a parar al cuerpo, el recurso que hay seguro para librarse de este embroque, siempre peligroso, es echarle la capa en la cabeza, tapándole los ojos y escapando por pies; aquel objeto que tiene encima le obliga siempre a detenerse un poco y tirar una cabezada para librarse de él, en cuyo tiempo el diestro tomará guarida.

Lo que hemos advertido de no tirar los brazos hasta que el toro esté todo metido en la capa y el diestro fuera del centro del modo dicho, es muy interesante para librarse de estos toros, y quizá lo único esencial, pues de esta manera se les redu-

ce a un solo objeto, se les deja hechos dueños de él, no ven la huida del bulto, y cuando se quita el engaño se encuentran sin tener con quién satisfacer su coraje y su intención.

Los toros «abantos» tienen que torear con cuidado, pues a veces parten con mucha desproporción, y, por tanto, suelen arrollar al diestro. Se deben, pues, torear por las reglas que hemos dado para los que ganan terreno, para mejorarlo si vienen por el diestro, y hacer el cambio en caso que se cuelen al de adentro.

A los «bravucones» será menester tenerlos siempre libres y prevenido el terreno de afuera, porque como suelen rebrincar, si el diestro ocupa el centro está en su terreno y podrá sufrir una cogida.

Cuando estos toros se queden en el centro de las distancias sin hacer suerte, será muy bueno adelantarse formando una nueva. Cuando parten, y al llegar al engaño, quedan cerniéndose en él, se tendrá el cuidado de no tirar los brazos ni mover los pies, pues entonces darán una cogida; por consiguiente, hasta que humillen y hagan suerte guardará el diestro su posición.

Es mucho mejor para llamar estos toros recoger el engaño al cuerpo e irse con éste descubierto;

porque de este modo tienen menos miedo y arrancan mejor: al llegar a jurisdicción se abre el engaño y lo tienen que tomar, logrando así que partan con regularidad, pues es muy frecuente en ellos salirse de la suerte en el momento que ven al diestro presentándoles el engaño, porque se asustan de ver un bulto tan grande.

Los toros «burriciegos» de la primera clase se torearán según las reglas que hemos dado para los demás, con la sola diferencia de tomarlos largos, presentarles el engaño muy grande y llevarlos muy metidos en él. Estos toros algunas veces se quedan también cerniendo en el engaño como los abantos; pero es más frecuente que se paren en el centro de las distancias, en cuyo caso, o bien se puede adelantar el terreno para obligarlos a que hagan suerte, o bien puede el diestro salirse de ella; cuando se haga esto último es preciso que sea con mucha precaución, retirándose sin desarmarse y sin quitar la vista del toro, pues suele arrancar cuando el bulto está lejos, que es cuando lo ven mejor; y si él se desarmó y no tenía la vista en el toro, le podrán dar una cogida, lo que he visto más de una vez.

Los «burriciegos» de la segunda clase se torearán también según las reglas que hemos dado para los demás, con la sola diferencia de tomarlos largos, presentarles el engaño muy grande y llevarlos muy metidos en él. Estos toros algunas veces se quedan también cerniendo en el engaño como los abantos; pero es más frecuente que se paren en el centro de las distancias, en cuyo caso, o bien se puede adelantar el terreno para obligarlos a que hagan suerte, o bien puede el diestro salirse de ella; cuando se haga esto último es preciso que sea con mucha precaución, retirándose sin desarmarse y sin quitar la vista del toro, pues suele arrancar cuando el bulto está lejos, que es cuando lo ven mejor; y si él se desarmó y no tenía la vista en el toro, le podrán dar una cogida, lo que he visto más de una vez.

(Continuará)

ACEYTE YNGLES

MACNO

D.D.T.

D.D.T.

Parásito que toca ... muerto es!

POLVO - LIQUIDO - CREMA

POR ESPAÑA Y AMERICA

Conferencia de «Don Ventura» en «El Trascacho».—«El Soldado», secretario de la Unión de Matadores mejicanos.—La ganadería de Calderón, vendida.—Contra los «trusts» taurinos.—Incidente entre «Diamante Negro» y un crítico taurino.—«Blanquito», herido

Conferencia en una cueva

¿Ustedes saben lo que es «El Trascacho»? ¿No? «El Trascacho» es una cripta manchega en la que se reúnen poetas, artistas, literatos y periodistas, que periódicamente celebran veladas literarias. Recientemente se celebró una reunión en la que el escritor y crítico taurino don Ventura Bagües, «Don Ventura», desarrolló con erudición, donaire y gracia el tema «El epigrama taurino». Una vez más «Don Ventura» hizo gala de su erudición y donaire en relación con el asunto de que trataba y en el aspecto general de la Tauromaquia. El conferenciante fué calurosamente aplaudido. El subdirector de «Solidaridad Nacional», también crítico taurino, leyó unas cuartillas de saludo a «El Trascacho» y unos poemas dedicados a «Don Ventura» y a Eduardo Palacio Valdés. El dibujante taurino y excelente guitarrista Alcalde Molinero se hizo cargo de la parte musical, ayudado por Ramón Cueto y Miguel Pérez y la cantante andaluza Angelita Font.

Las corridas de enero en Caracas

Con toros de Clara Sierra y Francisco García se celebrarán durante el mes de enero en Caracas las



La novillada del domingo en Lima

El pasado domingo se celebró la última novillada de la temporada. Se lidiaron reses de Víctor Delgado. De los seis novillos, fueron rechazados dos. El colombiano Nito Ortega volvió a defraudar. El peruano Adolfo Rojas («el Nene») estuvo bien en sus dos novillos. El peruano Humberto Valle, fué ovacionado constantemente.

Incidente entre «Diamante Negro» y un crítico

El matador de toros «Diamante Negro» ha presentado una querrela contra el cronista taurino de «La Esfera», de Caracas, don César Díaz Torres, «por agresión a mano armada y ofensas de palabra y por escrito».

El torero ha explicado el incidente motivo de la querrela de la siguiente forma: «Me hallaba sentado en el vestíbulo del hotel, cuando pasó Díaz Torres y dijo: «El señorío va por dentro.» Le llamé al orden, pasamos a las manos y resultó herido, Díaz Torres en la cara, con un corte que se dió él mismo.»

Un nuevo libro taurino

El doctor don José Izquierdo, catedrático de la Universidad Central de Caracas y médico cirujano del Nuevo Circo, ha publicado su «Tratado de Tauromaquia», obra magnífica por su buen estilo literario y gran documentación, en la que destacan los capítulos titulados «Historia del toro» y «Reseña histórica del toro en Venezuela».

Andrés Gago, a Méjico

El popular apoderado de toreros Andrés Gago ha salido con dirección a Méjico. Permanecerá en dicha República durante el mes de enero, para organizar los diversos negocios taurinos que tiene en Plazas americanas.

Toros para la Plaza de Madrid

Don Livinio Stuyck ha adquirido toros para las corridas de Feria de San Isidro y para las primeras que se celebren en la próxima temporada. En la corridas de San Isidro se lidiarán toros de Miura Pablo Romero, Buendía-Santa Coloma, Salvador Guardiola, Antonio Urquijo, Antonio Pérez Tabernero y herederos de Galache. Para las corridas que se celebren antes de la Feria se han adquirido toros de los herederos de Sánchez Cobaleda, Arranz y Graciliano Pérez Tabernero.

«Blanquito», herido

En unas faenas de tiente celebrada en la ganadería de don Félix Gómez ha sufrido una herida que desgraciadamente reviste gravedad, el gran peón de brega y banderillero Juan Blanco («Blanquito»), al que deseamos un total y rápido restablecimiento.

Conferencia en la Peña Taurina de Burgos

En la Peña Taurina de Burgos pronunció una conferencia el crítico taurino don Armando Vallejo. Fué presentado por don Odorico Mata. El conferenciante, que fué muy aplaudido, hizo un resumen sobre el resultado de la temporada.

De paso para Méjico, en Lisboa, el torero portugués Manuel dos Santos ha sido obsequiado con una comida por los más destacados cronistas lisboetas



Antes de su regreso a Caracas para reanudar su campaña taurina por América, Luis Miguel Dominguín fué obsequiado con una comida por los elementos del Club que lleva su nombre (Foto Cano)

siguientes corridas: Día 8, Procuna, Balderas y Antonio Caro; día 15, Pepe Luis Vázquez, Procuna y Alí Gómez; día 22, Pepe Luis Vázquez, Procuna y Antonio Caró. Se quiere organizar otra corrida para el día 29 a base de «Diamante Negro».

Novillada en Méjico

En la Plaza El Toreo se celebró, el pasado domingo una novillada con ganado de Xajay. Fernando Reyes («el Callao») estuvo bien en dos novillos y en otro cortó una oreja. Lalo Vargas, bien en sus tres enemigos. Resultó herido de gravedad el banderillero Roberto Muñoz.

«El Soldado», secretario de la Unión de Matadores

En las elecciones celebradas en Méjico para renovar la Junta directiva de la Asociación de Toreros Mejicanos, ha resultado triunfante la candidatura encabezada por Luis Castro («el Soldado») y Antonio Velázquez. «El Soldado» será secretario, cargo que supone la dirección de los intereses de los toreros mejicanos. Al conocerse el resultado de la elección, Luis Castro, partidario del entendimiento con los toreros españoles, fué paseado a hombros por las calles.

Homenaje a Manolo dos Santos

En Lisboa, los críticos taurinos portugueses obsequiaron con un banquete al matador de toros portugués Manolo dos Santos. Con el homenaje asistieron a la comida los críticos don Leopoldo Nunes, don Carlos Abréu, «Pepe Luiz», Sosa Santos, doctor Saraiva Lima y don Luis Aranha y el apoderado del diestro, don Andrés Gago.

La ganadería de Calderón, vendida

La ganadería sevillana de don Ricardo Calderón, con hierro y divisa de Veragua, ha sido vendida a don Salvador Algarra. Llevará la dirección de la ganadería don Luis Algarra, hijo del nuevo propietario y destacado aficionado sevillano.

Contra los «trusts» taurinos

En las peñas taurinas madrileñas se comentan las gestiones que, según dicen los «bien informados», realizan destacados hombres de negocios taurinos para organizar grupos de famosos toreros capaces de llenar todos los puestos de los carteles de las ferias más importantes. Si se llega a conseguir lo que se pretende, no solamente se contraría con las Empresas los espadas, sino también los toros que estoquearán. Los ingresos se repartirían proporcionalmente.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

LUNES

La política internacional

MARTES

La vida española

MIÉRCOLES

Los sucesos del mundo

JUEVES

Los deportes al día

VIERNES

La actualidad teatral

SABADO

El cine al menudeo

DOMINGO

Los toros desde la barrera

TODO

LO QUE PASA EN LA SEMANA EN



El más completo resumen de la actualidad

LOS MARTES, en los quioscos

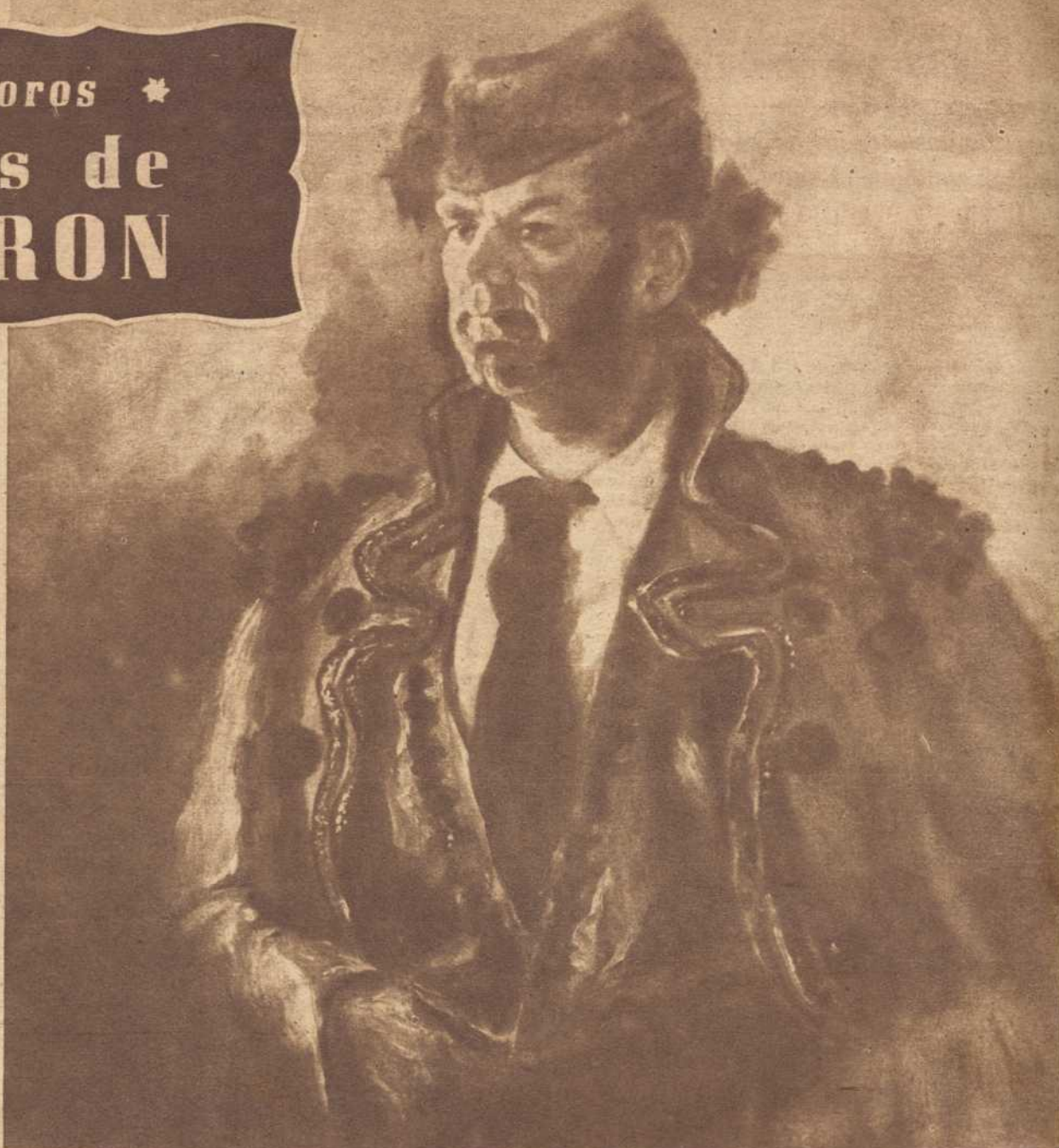
12 GRANDES PAGINAS!

50 CENTIMOS

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

★ El arte y los toros ★ las pinturas de JOSE MORON

JOSE Morón, el pintor sevillano, ofreció, no hace mucho, una Exposición de sus últimas obras en la Sala Minerva, del Círculo de Bellas Artes. En verdad que no nos sorprendió el descubrir en ella dos cuadros relacionados con el tema taurino por cuanto su nacimiento, el ambiente de la ciudad en que ha transcurrido la mayor parte de su vida, predisponían al artista para plasmar en el lienzo la devota afición taurómaca de los hijos de su tierra. Sin embargo, no ha elegido Morón el tema en el esplendor de la lidia, y nosotros nos preguntamos: ¿Por qué, siendo Morón pintor de claridades mediterráneas, de la luz y del color, no ha recogido el momento luminoso de la Plaza en el que el torero se enfrenta con la fiera? ¿Por qué, siendo tan vario y diferente el espectáculo taurino, no lo ha elegido para alguno de sus cuadros? José Morón posee una técnica personalísima dentro del impresionismo. Enamorado de la luz y de la sombra, en juego de contrastes, puede siquiera representar un papel muy importante y destacado en la pintura taurina de nuestros días, tal vez muy prodigada, pero poco difícilmente conseguida. José Morón la siente, la conoce, y está capacitado para ella. Su pincelada es suelta, ligera, sin un premeditado cálculo preliminar. Nace espontánea, aisladamente, como brotando de las fibras más emotivas de su sensibilidad, agudizada e hipersensible. Es artista y sevillano, y con eso ya está dicho todo. De sus dos cuadros, que ilustran esta plana, nos parece "El Tormenta" de mejor calidad, más fuerte y vigorosa en este caso la pincelada, más seguro el trazo y más acompasado el color. En ambos, José Morón ha querido reflejar una época pasada:



«El Tormenta», por José Morón



«Los de Pepe-Hillo», por José Morón

aqueellos toreros del 800, que tanto exaltaban la afición taurina y tal vez la imaginación del señor de las artes, don Francisco de Goya y Lucientes.

De toda la pintura dedicada al tema de los toros, quizá sea la época goyesca la más preferida por los pintores, acaso porque ella representa o sintetiza el esplendor de un momento pujante y vigoroso de la tauromaquia española. Es un momento histórico, en que el pueblo defiende sus derechos de independencia, los momentos en que la decadencia de las artes quiere volver a encontrar, y encuentra, el cauce luminoso de siglos pretéritos. Goya es el último baluarte de un clasicismo que agoniza para dar paso a la moderna corriente precursora del impresionismo. La época de Goya —el arte de un individuo clasificando un período trascendental de la historia y de la plástica— significa un puente, un lazo de unión entre el pasado y el presente, el portón por el que entrará un aire nuevo y renovador de los viejos sistemas antirrevolucionarios. No se olvide tampoco que Goya es el gran maestro de la pintura taurina. A él se debe el afianzamiento y esplendor de un género al que él dió el espaldarazo, que él prestigió y elevó con el rango insuperable de sus pinceles y de su genio. Goya elevó al rango museal la pintura taurina; puso de moda el tema que, una vez consolidado, había de encontrar el cauce de nuestro costumbrismo, por el que luego discurrían todos o casi todos los pintores españoles del siglo XIX.

A Morón, como a muchos artistas, le sedujo tal vez la belleza colorística y el interés del asunto, y, prendado del asunto, nos ha ofrecido estos dos cuadros, que bien quisiéramos que no fueran los últimos dedicados al tema taurino, por creer que el asunto habrá de ser por él maravillosamente resuelto.



504. A. D. E.—*Villanueva del Campo (Zamora)*.—Nada tiene que ver la consulta que usted nos hace con los asuntos que en esta sección pueden ser ventilados. El que usted nos plantea escapa de la previsión del Reglamento, y de suscitarse el mismo, solamente la Autoridad podría resolverlo con arreglo a derecho, según las circunstancias que en el caso concurrían.



Ignacio Sánchez Mejías

505. A. R.—*Madrid*.—Los carteles de las corridas de feria de Linares en el año 1920 fueron éstos: Día 28 de agosto: Rafael «el Gallo», Belmonte y Sánchez Mejías, seis toros de Moreno Ardanuy. Día 29: Belmonte, La Rosa y «Chicuelo», seis toros de Albaserrada; y día 30: ocho toros (cuatro de Nandín y cuatro de Antonio Flores) y los espadas Belmonte, «Varelito», Manolo Belmonte y «Chicuelo».

La corrida que usted dice celebrada en Madrid con los diestros Luis Freg, «Valencia» (José) y Emilio Méndez y toros de Peñalver, se efectuó el 13 de junio de 1926, y, en efecto, fué la última de aquel abono.

506. D. P.—*Murcia*.—Allí va otro plato de la comida que solicitó usted de este restaurante informativo; plato que no es otro que el de las corridas de la feria de Valencia en el año 1876: se celebraron en los días 23, 24 y 25 de julio, y fueron de ocho toros cada una, pertenecientes los de la primera a don Antonio Hernández, los de la segunda a la viuda de Murube y los de la tercera a don Manuel García Puente López («Aleas»). Para las tres corridas fueron ajustados Antonio Carmona («el Gordito») y Salvador Sánchez («Frasuelo»); pero en la primera fueron volteados ambos; y como «El Gordito» quedó muy resentido del porrazo que sufrió, hubo de dar muerte «Frasuelo» a los ocho toros de la segunda y a los mismos de la tercera. Aquellos eran redanos, ¿eh, señor Peñafiel? En la primera de estas corridas del año 1876 se lidió el toro «Vinatero», del referido don Antonio Hernández, cuyo astado, al romper, en la estación de Valencia, el cajón donde estaba encerrado, salió de éste, produjo gran pánico en aquel lugar, hirió a una persona, revolcó a varias, y no ocasionó más desgracias porque el meneionado «Gordito», que se encontraba allí, lo sujetó, toreándolo con el chaqué que llevaba puesto; prenda de vestir que colocó en su bastón para manejarlo a guisa de muleta, cuya faena duró hasta que llegaron los vaqueros desde la inmediata Plaza con el cabestraje. Al



Antonio Carmona el «Gordito»

mismo «Gordito» correspondió matarlo al lidiarse el día 23; y como fué muy bravo, el diestro sevillano (que era un gran torero cuando daba con alguna breva) realizó con él una faena admirable. (Se continuará.)

507. «Los Barbis». — *Castiliscar (Zaragoza)*.—La noticia de haberse celebrado en Sos (Zaragoza) —que no puede ser otra población que Sos del Rey Católico, porque no existe con el mismo nombre otra en esa provincia— el 21 de julio último una novillada en la que se decía que actuaron como matadores Eusebio Ruiz y «Morenito del Segre»; la mencionada noticia, repetimos, no sólo la publicamos nosotros, sino otros periódicos, como podríamos demostrarles,



Manuel García («Maera»)

y es a la Agencia informativa que la puso en circulación a la que deben pedir ustedes que les aclare lo ocurrido. No deja de ser chocante que sin efectuarse tal espectáculo —según dicen ustedes— se lanzara tal noticia a los cuatro vientos; pero la extrañeza que el caso nos produce no llega al extremo de poner en tela de juicio lo que ustedes nos comunican.

508. J. S. P.—*Madrid*.—El que fué matador de toros Manuel García («Maera») obtuvo la oreja de oro en la corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa, de Madrid, celebrada el 5 de julio de 1924. Alternaron con él en tal ocasión Marcial Lalande, Nicanor Villalta y «El Algaño» (hijo), y se lidiaron cuatro toros de los Herederos de don Vicente Martínez y otros cuatro de don Francisco Villar.

509. L. S.—*Madrid*.—En nuestra respuesta núm. 402 dijimos a usted que ignorábamos que a un ganadero se le hubiese concedido alguna vez la oreja de uno de sus toros; pero lo que

debimos decir fué que no recordábamos el caso, pues precisamente el encargado de esta sección, coautor del Anuario «Toros y Toreros en 1925», hizo constar en la página 127 de la mencionada obra que, al celebrarse aquel año en Madrid la octava corrida de abono con los diestros Luis Freg, «Saleri II» y «Nacional II» y seis toros de don Manuel García («Aleas»), el corrido en tercer lugar, llamado «Malagueño», negro, número 67, hizo tan excepcional pelea que se le cortó la oreja y le fué entregada a dicho don Manuel entre una gran ovación.

A propósito de esto, y poco después de publicar nuestra mencionada respuesta, recibimos una carta de cierto lector anónimo, quien nos atribuía algo que no es verdad, pues nosotros no dijimos que «nunca» se hubiera hecho tal concesión, sino que lo ignorábamos. Y, ya ve usted, fuimos nosotros mismos los que dimos publicidad al suceso en el año que ocurrió, y en un libro nada menos. Pero la memoria tiene sus flaquezas.



Hierro de la ganadería de D. Manuel García («Aleas»)

510. E. F. A.—*Valencia*.—Como ampliación a nuestra respuesta número 400, referente a las novilladas toreadas por «Litri» en la temporada de 1948, y según nos comunica un amable lector de Cortegana (Huelva), además de las mencionadas en aquella relación toreó dicho diestro el 18 de agosto en Aroche (pueblo de la misma provincia) y el 12 de septiembre en el susodicho de Cortegana, en ambas ocasiones sin picadores y alternando con Juan Barranco Posada. Ya dijimos a usted que debieron de ser más de once las novilladas que en tal año toreó y que de algunas funciones sin caballos no se da publicidad.

511. «Finezas». — *Valencia*. — Mu-



Juan Luis de la Rosa

1926? Ahí está el busilis, señor Sánchez.

512. S. G. — *Ampuero (Santander)*.—La desaparición de Victoria no de la Serna de los ruedos nada tuvo de misteriosa; dejó de vestir el traje de luces sin previo aviso y sin despedidas, como han hecho tantos otros, y no hubo más. Su última campaña como matador de toros fué la del año 1944, y su postrera actuación, en La Línea (Cádiz), el 23 de julio, estoqueando reses de Domingo Ortega en unión de éste y Miguel del Pino. El hecho de que un diestro tenga mucha personalidad artística no quiere decir que haya de torear muchas corridas. Ahí tiene usted a «Cagancho», que la tiene como el que más, y, sin embargo, este año no ha toreado más que tres veces.

513. A. F. O. — *Lugo*. — En el año 1910 se celebró en La Coruña una corrida de toros, el 31 de julio, con Rafael «el Gallo» y «Regaterín», y seis astados de los Herederos de Vicente Martínez, y en el mismo año, en Pontevedra, hubo otra, el 8 de agosto, con Gaona y Vicente Pastor y reses de Palha.

En el año 1922 se verificaron tres en La Coruña, en los días 6, 7 y 8 de agosto; en la primera, Sánchez Mejías, «Chicuelo» y «Valencia II» se las entendieron con seis toros del duque de Tovar; en la segunda, Sánchez Mejías, «Chicuelo» y «Nacional II», con astados de doña Carmen de Federico, y la tercera, Sánchez Mejías, «Nacional II» y Marcial Lalande, con bichos de don Argimiro Pérez. Y en Pontevedra, el mismo año, con fecha 13 de agosto, se las entendieron Dominuguín (padre de los actuales diestros de igual apodo), Sánchez Mejía y Mariano Montes con seis astados de don Graciliano Pérez Tabernero. De las celebradas en ambas capitales en los años 1901 y 1902, le informaremos en otra respuesta, por no hacer ésta excesivamente larga.

Isidoro Martí («Flores») no toreó en La Coruña como matador de toros ni encontramos datos que no permitan asegurar que lo hiciera como novillero.

El verdadero nombre del excelente peón y banderillero valenciano apodado «Alpargaterito» es Enrique Salinero. Ignoramos por qué apareció anunciado Climent o Clemente.



Isidoro Martí («Flores»)

Los faroles de «Gitanillo»



Braulio Lausín («Gitanillo»), hoy retirado de su profesión en Zaragoza, daba con el capote unos «faroles» muy lucidos, cuya especialidad le valía muchas ovaciones en los «quites».

En una corrida de la feria de Tarazona de Aragón tuvo una actuación afortunada y escuchó muchos aplausos ejecutando dicha suerte, por lo que cierto admirador suyo dirigió este telegrama a un bar zaragozano, cuyo dueño era amigo de «Gitanillo»:

«Braulio, imponente. Los faroles, ovacionados.»

El dueño del bar, en cuanto recibió el despacho, se apresuró a informar a su clientela por medio de una pizarra que tenía en su establecimiento, en la cual tradujo el telegrama con este texto:

«En Tarazona ha tenido un triunfo enorme Braulio Lausín («Gitanillo»). También han actuado en la segunda parte del espectáculo «Los Faroles», que han sido aplaudidísimos en todas sus intervenciones.»

Grabado de «La Lidia», correspondiente al lunes 29 de junio de 1885. (Dibujo de Chaves)



BANDERILLAS AL QUIEBRO